UN HOMBRE QUE SE ANIMA

PAPELES ENCONTRADOS DE RODOLFO WALSH



Roberto Baschetti
Fabián Domínguez
(comps.)

Baschetti, R. y Domínguez, F. (comps.) (2024) *Un hombre que se anima. Papeles encontrados de Rodolfo Walsh*. Edición particular, Buenos Aires, Argentina.

Ilustración de portada: Nora Patrich

Edición, diseño y maquetación: Ezequiel Bados y Antonella Vulcano

---

Prólogo

Rodolfo Walsh: Un hombre que se anima

¿Es inagotable la cantera Walsh? No, su obra es finita, como toda obra humana. A pesar de eso decimos que la obra completa de Rodolfo Jorge Walsh aún no se puede publicar, y es posible que no se complete, porque nos faltan escritos.

Los primeros textos que extrañamos del principal periodista argentino son los que robó la Marina de Guerra en su casa en San Vicente, el mismo día, 25 de marzo de 1977, cuando intentaban secuestrarlo en la esquina de San Juan y Entre Ríos de Capital Federal. Es cierto que se rescataron algunos de esos papeles de la ESMA, lugar donde lo llevaron a él y a sus pertenencias, y también es cierto que allí quedaron muchos otros escritos, archivos, carpetas y proyectos de cuentos y novelas.

También se extrañan los escritos para *Prensa Latina*, la agencia de noticias de Cuba, que Walsh fundó junto a Jorge Ricardo Masetti, Gabriel García Márquez y Rogelio García Lupo, entre otros. La investigación de Enrique Arrosagaray en La Habana, sobre los años de nuestro escritor en la Isla, resultaron infructuosos a la hora de rescatar el archivo Walsh.

Los escritos que hoy traemos aquí también estaban perdidos y los encontramos barriendo antiguas revistas, periódicos de escasa tirada o diarios que dejaron de circular.

Hay material de *Prensa Latina*, un reportaje sobre uno de sus libros, una conversación sobre teatro con otros dramaturgos, una crítica de libros, una polémica en el correo de lectores de una revista, un texto sobre un general industrialista argentino, otro sobre el principal cerebro científico de la Unión Soviética, análisis sobre la cuestión argelina, algo sobre el ataque permanente a Cuba y el prólogo a un libro con los discursos de Raimundo Ongaro, el principal dirigente sindical que resistió a la dictadura de Onganía. Como frutilla del postre recuperamos un cuento desconocido, publicado en 1950, el mismo año que la revista *Vea y Lea* lo premia por "Las tres noches de Isaías Bloom", y además se casa con Elina Tejerina, la mamá de Victoria y Patricia.

Los papeles recuperados no son material histórico, sino que nos hablan hoy, nos recuerdan que corremos el peligro de ser una colonia, nos dicen que en otros países se corre el mismo peligro, y que la salida es siempre caminar con los compañeros, con el pueblo al que pertenecemos. Defender causas justas no es una utopía, sino una necesidad urgente en tiempos difíciles.

En sus palabras siempre hay manejo del lenguaje, una cultura amplia, ironías, guiños, humor e inteligencia. Vale aclarar que Walsh no siempre firmaba con su verdadero nombre, sino que a veces usaba seudónimos como el de Daniel Hernández, Francisco Freire o N. Klimm, de hecho algunos de los textos que contiene este dossier tiene alguna de esas firmas.

¿Hay más material por recuperar? En nuestra búsqueda llegamos a un paquete importante, que esperamos poner a disposición del público en el corto plazo, en edición impresa. Esos trabajos son del mismo tenor de los que traemos aquí, no son ni frívolos ni pasatistas, sino que profundizan en los intereses que Walsh siempre mostró: la Argentina, el Tercer Mundo en general, América Latina en particular, y la literatura.

Este aporte viene a sumarse a otras compilaciones realizadas a lo largo del tiempo por Jorge Lafforgue, Víctor Pesce, Ricardo Piglia, Osvaldo Aguirre, Roberto Ferro, Horacio Verbitsky y Daniel Link.

Pronto habrá que inaugurar el epistolario Walsh, la correspondencia que tuvo con amigos, escritores e intelectuales, los que no serán textos menores pues las pocas cartas personales que se conocen, las de Donald Yeats, por ejemplo, se llegan a leer como pequeños ensayos, además de revelar aspectos poco conocidos de su vida.

Mientras esperamos la recuperación de ese material, les dejamos en sus manos estas diez perlas salidas de la pluma de un hombre que no es un héroe, sino que fue llevado y traído por los tiempos y que siempre se animó, hasta el último día, a pesar del riesgo, del peligro y del miedo.

Roberto Baschetti – Fabián Domínguez
25 de marzo de 2024

COMENTARIOS SOBRE LOS TEXTOS

1. **Los jugadores de dados**. Rodolfo Walsh. 1950.

Se trata de un breve cuento de una página de extensión, donde el autor presenta un juego de escenas paralelas en las cuales la actitud y la posición que tienen cuatro jugadores se condicen con una de las caras que puede presentar cada dado. Original en su idea, ingenioso en el juego de palabras que lo presenta, inesperado en su escénico final, ofrece asimismo un plus, un valor agregado: fue publicado por Rodolfo Jorge Walsh en la revista *Cuadernos de la Costa* (La Plata. N° 1-3, 1950-1953, pág. 18). No figuraba en bibliografía alguna sobre el autor, no se encontraba en ningún sitio de internet y tampoco en la última y cuidadosa recopilación de sus cuentos completos, publicada tiempo atrás. Es entonces un hallazgo literario que hizo la Biblioteca Nacional en el año 2015 y dio a conocer cuando se cumplió un nuevo aniversario del secuestro y desaparición de quien fuera un escritor inigualable, militante e intelectual revolucionario, siempre consecuente en su lucha por cambiar las estructuras injustas de nuestra sociedad.

2. **Kapitza, el enemigo n° 1 de Occidente**. Daniel Hernández. *Leoplán* (558). 1-11-57.

El texto sobre Kapitza salió en la revista *Leoplan*, número 558, el 1°de noviembre de 1957, bajo el seudónimo de Daniel Hernández. Es un momento importante en la vida periodística de Rodolfo Walsh porque pocas semanas antes publicó la primera edición de *Operación Masacre*, que sería su obra más importante. El artículo de *Leoplán* ocupa cinco páginas, con fotos, ilustraciones, cuadros y una infografía, despliegue que no era habitual para los textos walshianos a quien le brindaban, a lo sumo, dos páginas y una foto. El escrito habla de Piotr Leonidovitch Kapitza, el principal científico soviético de la década de 1950, que logró que la Unión Soviética entrara a la era atómica en 1949, emparejara el poderío soviético con el estadounidense en 1953 con la bomba de hidrógeno y por fin la pusiera al frente de las grandes potencias en 1957 al colocar en órbita el primer satélite espacial: Sputnik.

3. **General Mosconi, el gran visionario**. R.J. Walsh. *Leoplán* (561). 15-12-57.

La revista considera tan necesaria como imprescindible una reseña de la vida del general Enrique Mosconi cuando va a cumplirse el cincuentenario de la creación de la industria petrolera en Argentina, un 13 de diciembre de 1907. A él se lo señala como el hombre del petróleo,

el organizador de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), el brillante administrador estatal. Cuando falleció, un compañero de armas, cerró un breve recordatorio ante su tumba con estas palabras: "Enrique Mosconi figura en el cuadro de honor de los constructores de la nacionalidad". Es bueno recuperar esta nota de Walsh sobre el insigne general de la nación, en momentos que nuestro país resiste su balcanización por parte de un gobierno entreguista y oligárquico. Ayer, como hoy y como siempre: "La Patria no se vende. Se defiende".

4. **Cuba bombardeada por aviones con base en Florida**. Rodolfo Walsh. Casa de las Américas (202). Enero-marzo 1996. (Hecho ocurrido en octubre de 1959).

Triunfante la revolución cubana el 1° de enero de 1959, que derroca y hace huir al dictador Fulgencio Batista, (un cipayo del amo del Norte), era obvio que Estados Unidos no iba a permitir la consolidación de un estado socialista en América Latina. En octubre de ese mismo año, en La Habana y otras ciudades de Cuba, comenzaron a sobrevolar y luego a atacar a la población aviones estadounidenses que despegaban del estado yanqui de La Florida. Los hechos ocurridos fueron brillantemente relatados por un joven periodista argentino parte de la agencia cubana Prensa Latina que se llamaba Rodolfo Walsh.

5. **Sigue la polémica sobre Argelia**. R.J. Walsh. *Tarea* (9). 7-12-59.

La presente nota aparece en esta publicación que es editada por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Y Walsh, sale al cruce de un lector (Codoni) que a su vez cuestiona la acción de un cura (Berenguer) que defiende la causa argelina en lucha contra el imperio colonialista francés. Cabe acotar que, finalmente, el 5 de julio de 1962, los argelinos lograron su independencia.

6. **Hablaron de teatro**. (Reportaje de Pirí Lugones en cuatro escenas. Hablaron de teatro. Cossa, Rozenmacher y Walsh). *Tiempos Modernos* (3). Julio 1965.

A los tres reporteados (Roberto Cossa, Germán Rozenmacher, Rodolfo Walsh) se los reconoce como parte de la "irrupción tumultuosa y vertical de una generación de autores signada por la autenticidad y el talento dramático" para luego agregar "primeras experiencias las de todos ellos, pero que hablan ya de una incuestionable responsabilidad intelectual y humana y, más aun, de una capacidad creadora que sabe aunar, irreprochablemente, la preocupación por su país y el mundo con la otra, la expresiva, la estética".

7. **¿Quién mató a Rosendo?** (Reportaje de Mario Mactas a Rodolfo Walsh). *Gente* (199). 15-5-69.

Mayo de 1966: Pizzería "La Real", Avellaneda. Medianoche. Tiroteo. Mueren tres hombres. Uno de ellos es Rosendo García, dirigente metalúrgico, quien concurre allí junto con el secretario general, Augusto Timoteo Vandor.

Mayo de 1969: En la C.G.T. de Paseo Colón, el escritor y periodista Rodolfo Walsh formula una denuncia: "Rosendo fue muerto por la espalda por uno de los integrantes del grupo vandorista. El otro grupo estaba desarmado. Walsh señala un sospechoso.

Consecuencia. Walsh en base a su investigación, publicará ese mismo año a través de la editorial Tiempo Contemporáneo el libro que lleva por título el mismo que da forma a este reportaje.

8. **Ongaro hace y dice**. (Prólogo de Rodolfo Walsh al libro compilación *Ongaro hace y dice*, de noviembre de 1969).

Raimundo Ongaro no solo fue un dirigente del gremio gráfico sino que fue bandera sindical durante la dictadura del militar de caballería golpista Juan Carlos Onganía. Ante una CGT que buscaba negociar, participar del gobierno y construir un peronismo sin Perón, Ongaro respondió a sus bases y se reunió con otros sindicatos que se rebelaban frente a la dictadura y creó así la CGT de los Argentinos. Su actitud combativa, sus discursos provocadores, su accionar comprometido, sus colaboraciones en distintos medios para dejar en claro la postura de los trabajadores explotados lo llevaron pronto a la cárcel. Desde allí siguió escribiendo y en 1969 la CGTA publicó una compilación de esas intervenciones, siendo Walsh el autor del Prólogo. Medio siglo después, esas palabras de elogio son tan grandes que ninguno de los dirigentes actuales, que deben salir a enfrentarse al neoliberalismo anárquico, está a la altura del inmenso Raimundo.

9. **Polémica con Lorenzo Miguel**. (Rodolfo Walsh. Correo de lectores de la revista *Panorama*. Septiembre 1971).

El correo de lectores de la revista *Panorama* nº 229 de septiembre de 1971 tiene un texto firmado por Rodolfo Walsh, quien sale a contestar declaraciones de Lorenzo Miguel, dirigente sindical de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica). La Argentina estaba bajo la dictadura del militar golpista Alejandro Lanusse, con el pueblo luchando por el regreso del general Perón del exilio. La interna de diversos sectores del peronismo tenía a Raimundo Ongaro conduciendo la CGT de los Argentinos, y a José Ignacio Rucci al frente de la CGT. Lorenzo Miguel, que respondía a

Rucci, salió a hablar mal de Ongaro, y Walsh, quien creó con Ongaro el principal periódico sindical de la década de 1960, salió al cruce, acusando al dirigente de la UOM de ser el “Batidor Número Uno”.

10. **Apología del capitalismo norteamericano**. (Rodolfo Walsh. *La Opinión*. 25-7-72).

Ya entrada la década de 1970, Walsh escribe una serie de colaboraciones para el diario *La Opinión*, donde además trabajaba, y era delegada gremial, su hija Victoria. El texto que transcribimos es una reseña del libro *Los secretos de los gigantes norteamericanos*, escrito por François Hetman y publicado por Sudamericana. Desde el título, el análisis del libro es una crítica sarcástica a lo investigado por el economista francés, quien pondera todo el tiempo las bondades del crecimiento idílico estadounidense, y deja de lado su política imperialista de explotación y saqueo de otros países, su vocación monopólica y su constante intervención de su gobierno en los más diversos países para favorecer a sus empresas. Lo que más molesta a Walsh es el entusiasmo del francés por querer presentar como “humanismo”, “arte”, “cultura” o “mística” la ansiedad de lucro constante, la rentabilidad permanente, la tasa máxima de beneficios, la ganancia cueste lo que cueste.

TEXTOS

1. Los jugadores de dados

Cuando se hizo de día, nadie se acordó de apagar la luz. Ni siquiera advirtieron que era de día. La lamparilla siguió encendida, amarillenta de insomnio. En el cuarto no había un mueble, un cuadro, una tela de araña, una salivadera, nada. Su grisura desnuda oprimía como una muerte lenta. Por una lucerna abierta en lo alto, el cielo arriesgaba, apenas, un goterón de luz reciente.

Los cuatro jugadores estaban sentados en el piso, apoyados contra cada una de las paredes. ¿Por qué tan lejos unos de otros?, es difícil de explicar, pero se me ocurre una teoría: todos estaban armados de filosos cuchillos, cada uno sabía que los demás estaban armados, de producirse una disputa, estando pegados los unos a los otros, ganaba el más traicionero. Cada uno sabía que los otros eran más traicioneros que él. La distancia igualaba las probabilidades.

Arrojaban los dados con cierta violencia automática que los rostros inmóviles no acogían. Cantaban los puntos, decían "gano" o "pierdo". Al perder -o al fingir que lo hacían, por tanto ganar como perder eran fingimiento-, hacían rodar los dados y el dinero por el suelo. Los demás no alcanzaban a ver, por la distancia, los puntos que echaba el jugador. De vez en cuando alguien decía:

- Es mentira - bostezaba, hundía la mano en el bolsillo y pagaba a pesar de todo. Rebelarse era una estupidez.

En una oportunidad, sin embargo, alguien confesó espontáneamente: "pierdo".

Esta sinceridad conmovió a todos pero no lo imitaron. El tampoco volvió a imitarse.

En un momento determinado, alguien pensó en marcharse. Hizo el recuento de su dinero, advirtió que iba en ganancia. Vio recién entonces la puerta, inexorablemente cerrada, los torvos ademanes reclamando los puñales, la prefiguración del castigo en la cara de súbito animadas. Dar el desquite era la ley. Lo embargó una sombría desesperación y siguió jugando.

Rato después -años después, quizás-, otro de los jugadores también pensó en irse. Pero había perdido, debía desquitarse. La rebelión vino de adentro esta vez. Una desesperación más negra que la de su compañero se apoderó de él, y siguió jugando.

Tal vez alguno llegó a preguntarse, con el tiempo, para qué jugaban, puesto que de un modo u otro estábales prohibido escapar, ya que si ganaban no podrían irse nunca, y si perdían tampoco podrían irse nunca. Cuánto había durado aquello, si era así desde siempre y si siempre seguiría siendo así, y, en último término, si valdría la pena escapar, ya que lo más probable era que en cualquier otro sitio del mundo, o fuera de él, todos estuvieran haciendo, hubieran hecho y tornaran a hacer lo que ellos hacían.

Y prosiguiendo sus meditaciones, no es improbable que al pasear la vista por las cuatro paredes del cuarto hayan llegado a la conclusión de que así debía ser un dado por dentro, de que aquel cuarto era un dado y alguien estaba jugando también con ellos.

2. Kapitza, el enemigo n°1 de Occidente

La ciencia soviética alcanza su mayoría de edad. Por qué los rusos llegaron primero. Incalculables consecuencias políticas tendrá el satélite. Los errores de occidente.

Por Daniel Hernandez

El 6 de agosto de 1945 un objeto lanzado sobre la ciudad Japonesa de Hiroshima la redujo a escombros dando muerte a 200.000 personas. El formidable resplandor de aquella primera bomba atómica iluminó el comienzo de una nueva época. Para bien o para mal, el mundo acababa de experimentar el cambio más violento y decisivo de toda la historia. El 4 de octubre de 1957, con el lanzamiento del satélite artificial, se ha producido un cambio tan importante como aquel. Sus consecuencias serán tan vastas que en realidad muy pocos comentaristas occidentales se atreven a mencionarlas con franqueza. Pero antes es necesario saber con precisión en qué consiste el cambio, y quiénes lo han producido.

Entre el diluvio de comentarios, noticias y cables que han provocado la "luna roja", hubo uno que pasó casi inadvertido. Estaba despachado desde Londres por la AFP y decían simplemente que en el proyecto de lanzamiento había "intervenido" Piotr Kapitza.

Para cualquiera que conozca algo de la personalidad de Kapitza, la palabra intervenido debe reemplazarse por la palabra "dirigido". Y ello por tres razones:

a) Porque Kapitza es desde hace veinte años suprema autoridad científica en Rusia y uno de los sabios más brillantes y completos que hayan existido.

b) Porque nunca aceptó trabajar en segunda fila.

c) Porque, confirmando lo anterior, dirige actualmente el Comité de Viajes Interplanetarios de la Unión Soviética.

STALIN "SECUESTRA A UN SABIO"

Kapitza nunca se ha ocupado de política. Sin embargo, en torno a él, en torno a sus ideas, parece haber girado gran parte de la política soviética de los últimos veinte años. Los vertiginosos ascensos y caídas de los jerarcas comunistas -que tanto estupor causan en Occidente- serían simplemente el reflejo del éxito o el fracaso personal en la lucha por la supremacía científica que a su vez puede conducir al dominio del mundo.

Piotr Leonidovitch Kapitza nació en San Petersburgo en 1894, hijo de un general zarista. Estudió en el liceo de Kronstadt y en el politécnico de su ciudad natal. Allí lo descubre y lo alienta a seguir la carrera científica el profesor Yoff, que mucho más tarde colaborará con él en las investigaciones atómicas. Kapitza estudia ingeniería eléctrica. Pero ya entonces revela la extraordinaria versatilidad que constituye su rasgo más sorprendente. Le interesan las matemáticas, la física, la química. Es un espíritu científico completo, que cuando alcance su madurez podrá abocarse al estudio de cualquier problema en las más dispares especialidades. A los veinticuatro años es jefe de cursos en la Universidad de San Petersburgo.

Entretanto se ha producido la revolución rusa. Lenin lo protege por mediación de Yoff. Cuando sube al poder Stalin las cosas cambian para Kapitza. Su padre y otros familiares desaparecen. Su madre vive bajo un terror constante. Él mismo es vigilado, molestado. Quince años más tarde Stalin deberá recorrer un arduo camino de Damasco para que el científico olvide estas cosas. Kapitza es quizá el único hombre ante quien se ha inclinado el omnipotente Zar Rojo.

En 1921, Kapitza huye con su madre a Inglaterra. Se emplea de ayudante en el laboratorio de lord Rutherford, verdadero centro de la ciencia europea. Rutherford, el ganador del premio Nobel, viene trabajando desde 1911 en la investigación del átomo. En 1919 logra la primera transmutación artificial de elementos. Bombardeando con partículas alfa del radium un átomo de nitrógeno, lo descompone en hidrógeno y oxígeno. Es también en el laboratorio Rutherford donde Chadwic descubre una nueva partícula atómica, el neutrón, que se incorpora a las dos ya conocidas: el protón y el electrón.

El joven científico ruso, silencioso, reservado, un poco antipático para sus colegas, absorbe con avidez todas estas incursiones en un mundo nuevo. Calla y trabaja. No tarda en hacerse un nombre. Pronto se convierte en la mano derecha de Rutherford. En 1924 lo nombran codirector del Instituto de Investigaciones Magnéticas de Cavendish. En 1928 ya es jefe indiscutido del mismo.

Es entonces cuando sus compatriotas empiezan a acordarse de él. Acude a visitarlo un joven físico (y espía) soviético, Sergio Vavilov. También un agregado comercial a la embajada, que luego ocupará un alto cargo en la policía secreta rusa: Redens. Hablan de la patria lejana. Los emisarios no lo dicen directamente, pero tienen instrucciones expresas de Stalin: llevar a Kapitza a Rusia a cualquier precio.

Todo sugiere que el sanguinario amo del Kremlin tiene ya entonces una intuición de estadista genial: el comunismo soviético llegará a la supremacía del mundo, no tanto por la revolución social -que en cierto modo es un “bluff” subsidiario-, cuanto por la revolución científica.

El “secuestro” de Kapitza es una de las operaciones más largas y complicadas en su género. Tarda varios años en prepararse. Y cuando se realiza es una obra maestra.

En 1929 la Academia de Ciencias Soviéticas, por primera vez, nombra miembro correspondiente a un emigrado. Ese emigrado es Kapitza.

Rutherford ha pedido al gobierno inglés que otorgue una distinción a Kapitza. Chamberlain se la niega. No es la única tontería que cometerá Chamberlain. El sabio ruso no da gran importancia a los títulos y condecoraciones, pero obsérvese de antemano la diferencia en los procedimientos.

La “gran oportunidad” se presenta en 1934. Rusia celebra el centenario del nacimiento de Mendeleiev, el sabio creador de la tabla periódica de los elementos. Se invita a personalidades extranjeras y también a emigrados. Entre ellos, en primer término, a Kapitza. Este pide toda clase de garantías. Se las dan, y firmadas entre otros por el gran biólogo y psicólogo Pavlov y por el novelista Gorki.

Kapitza con su esposa, viaja a Moscú. Cuando quiera regresar a Inglaterra, no podrá. Habrá un escándalo mundial. Pero Stalin ha conseguido su objeto y no le importan mayormente los escándalos mundiales.

TERROR Y SEDUCCIÓN

En rigor, no se puede decir que Stalin haya “secuestrado” a Kapitza. Fue más bien un proceso de captación, con el mínimo indispensable de violencia.

Stalin era un diletante del conocimiento científico. Es posible que las investigaciones que lo hayan impresionado más fuesen las de Pavlov, el descubridor de los reflejos condicionados. (No en vano el gran psicólogo se transformó para la imaginación popular, por obra de la propaganda, en una especie de semidios.) Lo que Pavlov lograba en el laboratorio con los perros y los conejos, Stalin parece aplicarlo masivamente a todos los estratos del pueblo ruso. Tal estímulo provoca, siempre, tal respuesta. Y en el manejo alternado de estímulos opuestos da el mejor rendimiento. El premio en una mano y el castigo en la otra…

Lo que impide a Kapitza volver justo a Rutherford, que lo reclama, es en apariencia una triquiñuela legal, que ni siquiera está dirigida contra él, sino contra su esposa. El goza de plena libertad… Disimulado, ahí está el castigo. Y en la otra mano, el premio: el mejor laboratorio inglés, el Mond, puesto a disposición de Kapitza; comprado exclusivamente para él; con autoridad ilimitada y fondos ilimitados para proseguir sus investigaciones. Única condición: quedarse en Rusia. Kapitza, que en Cambridge ha sido un brillante segundón, se queda.

LA CARRERA ATÓMICA

Hasta hace poco tiempo, el mundo occidental miraba con cierto desdén a la "ciencia" rusa. Estaba bastante divulgada, por ejemplo, la creencia de que si los rusos llegaron a fabricar la bomba atómica y luego la de hidrógeno, fue gracias al espionaje o a los técnicos alemanes capturados en la segunda guerra. Fue un grave error. Porque si bien esos factores existieron, lo real es que la Unión soviética cuenta desde hace veinte años con un inmenso equipo propio de hombres de ciencia.

Muchos de ellos estaban encarcelados cuando Kapitza decidió quedarse en Moscú. El discípulo de Rutherford exigió imperiosamente que fueran puestos en libertad para poder trabajar con ellos.

¿Trabajar en qué? Un libro fascinante, publicado en Alemania Occidental en 1955, puede dar la pauta. Su autor, A. M. Biev, ha sido jefe de la guardia de Stalin y luego piloto personal de Kapitza. Y según él, ya en 1937 Stalin pregunta al sabio qué hay de cierto en algo que "ha leído: que la energía atómica contenida en un kilogramo de una substancia cualquiera equivale a la de millares de toneladas de carbón.

- Es posible - responde Kapitza.

- ¿Cómo se puede liberar esa energía? - interroga el amo de Kremlin.

- No lo sabemos.

- ¿Acaso por explosión?

- Es posible - repite el sabio.

Kapitza, con la aquiescencia de Stalin, saca de las cárceles a varios centenares de científicos: físicos, químicos, ingenieros, artilleros. Entre ellos recordemos un nombre: Kurshatov. Fabricará la primera atómica rusa.

Dos hombres relativamente oscuros están encargados, por entonces, de vigilar a Kapitza y poner en práctica sus ideas. Uno es Malencov. Otro

es Beria. Ascenderán a primer plano por el papel que les cupo en el desarrollo atómico Soviético.

Entretanto, Kapitza ha descubierto un método revolucionario para licuar el hidrógeno. En 1939 ingresa a la Academia de Ciencias Soviéticas. A fines del año anterior se ha producido un acontecimiento decisivo para la física nuclear. Dos investigadores alemanes, Hahn y Strassman, provocan en el laboratorio la fisión del uranio. La noticia llega a los Estados Unidos. Pero también llega a Rusia.

Kurshatov ya tiene en qué trabajar. Buscará la bomba atómica por la fisión del uranio, pero utilizando ondas cortas en lugar de neutrones. A mediados de 1939 logra en el laboratorio este "efecto corto" que permitirá a los rusos seguir un camino distinto -más barato y seguro- que el de los norteamericanos.

Kapitza, entretanto, acaricia otra idea: la fusión del hidrógeno. Es decir, directamente la bomba H. Pero es él quien supervisa los trabajos de Kurshatov.

Cuando los ejércitos alemanes invaden a Rusia, Stalin apremia a sus sabios nucleares. En los más alejados rincones de Rusia empiezan a surgir las Atomgrads, las ciudades atómicas. Se trabaja febrilmente. Las minas de uranio absorben millones de prisioneros de guerra. Kapitza está en todas partes.

Impecablemente presionado por Malenkov y Beria, el grupo Kurshatov vence todos los obstáculos y el 10 de septiembre de 1943 realiza su primera explosión atómica en escala de laboratorio.

1943... ¿Antes que los norteamericanos, entonces? Eso es lo que dice Biev. El experimento, por otra parte, cuesta la vida a uno de los jóvenes ayudantes de Kurshatov.

Pero la verdadera bomba atómica soviética sólo estará lista a comienzos de 1946, ocho meses después de Hiroshima. Y sólo estallará a mediados de 1947.

¿Por qué esa demora? Ha terminado la lucha contra Hitler y ha comenzado la guerra fría. Stalin, con su habitual astucia, quiere dar la impresión de que Rusia tiene diez años de atraso en las investigaciones científicas. Ilya Ehrenburgm el escritor soviético, vapulea por radio a los sabios rusos, a quienes atribuye los más ridículos e ingenuos proyectos. Todo eso forma parte del juego. Es preciso adormecer a los occidentales inspirarles confianza, y los soviéticos lo conseguirán plenamente.

Lo mismo sucede con la bomba H. Kapitza la tiene preparada a comienzos de 1953, varios meses antes que los norteamericanos. Sólo estallará un año y medio después.

LA CARRERA BALÍSTICA

La segunda guerra mundial llegaba a su término cuando los habitantes de Londres volvieron al terror ya olvidado de la blitzkrieg. Sin anuncio alguno, sin que las sirenas anunciaran la presencia de aviones, llovían bombas del cielo. Era la última, desesperada tentativa de Hitler. Tenía un nombre: V-2. Y un constructor: Werner von Braun, joven científico alemán.

Von Braun no hacía más que actualizar una vieja idea. Desde el físico griego Herón, que hace 2.000 años construyó una máquina de retropropulsión a vapor, pasando por Newton que estableció el principio de acción y reacción, hasta las obras del alemán Oberth (hacia 1920), fueron muchas las tentativas de utilizar el desprendimiento de gases producido por combustión o compresión para impulsar un móvil.

Derrotado Hitler, el equipo de investigadores alemanes se dispersó. Algunos fueron capturados por los rusos, que por otra parte contaban con un precursor en el campo de los proyectiles cohetes: Konstantin Ziolkavski. Otros cayeron en el poder de los norteamericanos. Entre ellos, Von Braun.

Von Braun realizó una intensa propaganda en favor de sus ideas. Era posible, según él, ir mucho más allá de la V-2. Era posible aumentar el alcance, la velocidad y la potencia de los cohetes. Era posible lanzar al espacio un satélite artificial y más aún, una verdadera plataforma del espacio, de varias toneladas de peso, que girase a 2.000 kilómetros de altura, tripulada por seres humanos que desde allí iniciarían la conquista de la luna…

En las páginas de LEOPLÁN (ver Nos. 509, 510, 511, 536 y sobre todo 527) ha quedado reflejada la dramática lucha de von Braun en un medio hostil a sus ideas. Lo más que cabe decir, a esta altura de las cosas, es que los norteamericanos no creyeron seriamente en él. Lo utilizaron, pero frenando a cada paso sus “fantasías”. Se lo acusaba de haber arruinado Alemania con su V-2, que era un proyecto “vistoso” pero terriblemente caro y poco práctico cuando las tropas alemanas necesitaban tanques y aviones… Se lo acusaba de delirio publicitario. Y unos de sus principales detractores fue justamente el jefe de proyectiles guiados de la Marina, el doctor Milton Rosen. Las rivalidades entre las fuerzas armadas norteamericanas, cada una con su programa propio de

proyectiles guiados, la competencia entre las empresas particulares encargadas de realizar esos programas, y finalmente los celos profesionales entre los científicos fueron dilatando y obstaculizando el progreso balístico.

Mientras tanto, en Rusia se trabajaba en orden y en silencio. Y frente a von Braun, había hombres no menos capaces, como Blagonravov, Leonid I. Sedov y Kasatkin.

Y Kapitza.

EL "SPUTNIK"

El 4 de octubre último, la noticia propalada por Radio Moscú sacudió al mundo. Sin propaganda previa, sin discusiones públicas, los soviéticos acababan de lanzar al espacio exterior su Iskustvenny Sputnik Zemli, el "Compañero de Viaje Artificial Alrededor de la Tierra".

La conmoción fue tremenda porque nadie lo esperaba y mucho menos los norteamericanos. He aquí algunos comentarios. Del doctor Joseph Kaplan, director del equipo norteamericano que participa en el Año Geofísico Internacional:

- ¡Es fantástico!

Del doctor John P. Hagen, jefe del programa de satélites de los Estados Unidos:

- Es una definida sorpresa.

Del senador Stuart Symington:

- Si no cambiamos nuestra política defensiva, el Soviet pasará de la superioridad a la supremacía. Entonces nos veríamos en una situación imposible.

Pero el comentario más elocuente ha provenido de un físico experto en cohetes, George Styne:

- ¡We are dead!

Lo que puede traducirse, en vernáculo, por: "Estamos fritos". Indudablemente, no es el simple lanzamiento del Sputnik por los rusos lo que puede provocar tales expresiones. Los norteamericanos están también por lanzar un satélite y lo harán en los próximos meses. Lo aterrador parece residir en los detalles técnicos, a saber.

1. El peso del sputnik (87 kilos) es ocho veces mayor que el del proyecto norteamericano.

2. La altura de la luna roja (1.110 kilómetros) duplica la del proyecto norteamericano.

3. De lo anterior se desprende que los rusos cuentan con un proyectil cohete -utilizado para el lanzamiento- más poderoso que todos los norteamericanos. Se le calcula un peso de 184 toneladas contra las 10 toneladas del cohete "Viking" que usarán los norteamericanos para su proyecto de satélite Vanguard y un empuje (potencia) de 100.000 kilos contra los 14.000 kilos del proyecto norteamericano.

4. Un cohete de tales características configura lo que ha dado en llamarse el arma ulterior o el arma definitiva; es decir, un proyectil capaz de recorrer en media hora la distancia Moscú-Nueva York cargado con una bomba H.

5. En un alarde técnico, los rusos han desdeñado colocar el satélite en una órbita ecuatorial (la más favorable) y lo han hecho en una órbita polar.

6. Por si fuera poco, han previsto las mayores dificultades para la observación del satélite en territorio norteamericano; inversas facilidades para la observación del propio; han anticipado con exactitud la órbita, anunciando previamente su paso por las distintas ciudades del mundo, han sido los primeros en localizarlo visualmente y fotografiarlo. Todo ello es una verdadera muestra de suficiencia de la tecnología rusa.

Lo anterior puede resumirse en una frase: Rusia tiene ya lo que los Estados Unidos proyectan para un futuro indefinido, que en el mejor de los casos puede abarcar uno o dos años.

Basándose en consideraciones estratégicas -bases próximas a territorio soviético-, los yanquis han concentrado sus esfuerzos en proyectiles teleguiados de corto y mediano alcance. Pero estos proyectiles, que en su trayectoria no salen de la atmósfera terrestre, tienen dos desventajas: su velocidad es relativamente escasa, lo que en teoría permite interceptarlos, y su utilidad en caso de guerra desaparecería con la posible ocupación de las bases europeas de lanzamiento.

El proyectil balístico de los rusos, en cambio, es prácticamente imparable. Penetra en el espacio exterior, adquiere una formidable velocidad de casi 30.000 kilómetros horarios, y desciende sobre el blanco. Las posibilidades de intercepción son nulas.

Para construirlo, los rusos han debido resolver innumerables problemas que la ciencia norteamericana dista de haber salvado: aleaciones metalúrgicas capaces de resistir el tremendo calor provocado por la fricción; perfeccionamiento absoluto de motores de reacción y combustibles sólidos y líquidos; sistemas de control electrónico o de cálculo capaces de llevar un proyectil hasta el blanco a través de una distancia de 8.000 kilómetros.

De ahí tal vez que uno de los tres sabios rusos que actualmente se encuentran de visita en Nueva York haya podido hacer declaraciones teñidas de cierta insolencia.

-No se hagan ilusiones -dijo a los periodistas norteamericanos A. W. Kasatkin-. No sólo en proyectiles estamos más adelantados que ustedes. En ingeniería también estamos más adelantados.

Como confirmándolo, el líder comunista Khruschev hacía alarmante declaraciones:

-Cuando comience la guerra, seremos nosotros quienes lanzaremos los cohetes -y agregó, refiriéndose a Turquía y su conflicto con Siria-: es un pequeño país. Desaparecerá en 24 horas.

Entretanto, en sus laboratorios de Moscú, o en Dubna, o en Obnisk, o en Shortov Dol, o en cualquiera de las Atomgrads soviéticas, un hombre alto y corpulento que fuma sin cesar; un hombre seco y orgulloso; un hombre de ojos penetrantes y frente despejada; el mismo que ideó para Stalin la bomba A y construyó la bomba H; el mismo que preside ahora el comité soviético de viajes interplanetarios y que según una noticia perdida “intervino” en la construcción del satélite, calla y piensa, calla y proyecta hacia el futuro su poderosa inteligencia.

Es Piotr Kapitza, “el hombre de los sueños exactos”, como lo llamó Rutherford hace treinta años.

3. Dos vocaciones

ENRIQUE Mosconi nace en Buenos Aires el 21 de febrero de 1877. Su padre, que se llama como él, es un ingeniero italiano que vino al país a construir ferrocarriles. Su madre, María Juana Canavery, tiene en su familia militares ilustres. Su hermano Ángel, teniente coronel, expedicionario del desierto. Su hermano Tomás Onésimo, capellán durante la Guerra del Paraguay, ascendido a teniente coronel en los campos ensangrentados de Curupaytí. En él se habrá inspirado el poeta Ricardo Gutiérrez para su composición "EL MISIONERO"... Estas dos vocaciones luchan desde temprano en él espíritu del chico. Ser militar como los tíos. Ser ingeniero como el padre. ¿Por cuál de las dos cosas se decidirá? Eventualmente, por las dos. Mas ahora lo que priva en él es el llamado de las armas.

El padre no quiere que le hablen de eso. Le gustaría que Enrique fuese médico. Pero el muchacho está terminando el segundo año del bachillerato en el viejo colegio San José. Quizá comprende que solo no podrá vencer la resistencia paterna. Entonces toma una decisión audaz, que anticipa la firmeza de su carácter. Sabe que el general Levalle ministro de Guerra, es amigo de su padre. Va a verlo, explica: él quiere ser militar. El ministro debió de sonreír al ver a aquel chico de catorce años que mostraba tanta decisión.

- Déjalo por mi cuenta - le dijo.

Y así convencen al padre. El 26 de mayo de 1891 el muchacho ingresa en el Colegio Militar, en el viejo edificio de Palermo, creado por Sarmiento. Una foto de la época muestra al joven cadete Enrique Mosconi de uniforme, con el casco prusiano que se usaba entonces.

En el Colegio Militar, Mosconi conoce a quien iba a ser un gran amigo de toda su vida: Alonso Baldrich, que también llegaría a general y tendría decidida intervención en la lucha por el petróleo nacional.

Pasarán tres años. Mosconi ha completado sus brillantes estudios. Va a ascender a subteniente, con diploma de honor y primer puesto entre veintidós aspirantes. El general Capdevila, director del Colegio Militar, despide a los cadetes que egresan. Pasa revista a la formación y luego les habla.

"Los hombres -les dice- no siempre marchan juntos por el camino de la vida, sino que se agrupan o dividen según las tendencias o la educación de cada uno". Los que no tienen más anhelo que prosperar materialmente, no siguen la senda de los que por sobre todas las cosas

rinden culto al cumplimiento de su deber. “Aquellos a quienes sólo mueve el interés del dinero o del poder… no van por cierto del brazo con los que persiguen el ideal más levantado de servir a la patria.”

El dinero. Por las manos de aquel cadete de ávidos ojos azules pasará el dinero a raudales, el dinero de la más grande empresa industrial del país, y él lo cuidará hasta el último centavo, rendirá cuentas con minuciosidad casi fanática, ahorrará al fisco el equivalente de miles de millones en moneda actual. Y morirá pobre.

El poder. Aquel muchacho que ahora escucha con tanta atención, no sólo llevará el uniforme y las armas que son símbolo de poder, sino que estará al frente de un pequeño imperio industrial; a su orden surgirán las torres del petróleo, las destilerías, una flota; su voluntad doblegará la penetración de los trusts internacionales; miles de obreros y empleados obedecerán sus órdenes. Y del poder ejercido rendirá cuenta tan minuciosa como del dinero. Y morirá inválido.

Pero si el camino se divide -prosigue la voz austera del general Capdevila-, ¿cómo sabréis cuál elegir? “Escuchad: uno de ellos es fácil de reconocer, porque a su entrada se aglomera mucha gente”. El otro, el del deber, está cubierto de asperezas y en él se encuentran menos compañeros de viaje. Y sin embargo, hay que seguirlo.

¿Simple oratoria castrense? Mosconi conoce a su jefe y sabe a qué atenerse. Durante muchos años llevará consigo el texto de aquella “Última Orden” y la recordará con invariable fidelidad. Es como un programa de vida que se hubiera trazado.

El general Capdevila calla un momento. Su mirada adusta recorre aquellos rostros de juventud. Va a entregar los despachos.

- ¡Subteniente Mosconi!

El muchacho se adelanta a recibir su galón. Ya es oficial, pues, como el tío Ángel, como el heroico tío Tomás Onésimo. El nunca irá a la guerra. Pero un día lejano aún ganará lo que es una de nuestras más grandes batallas civiles.

El subteniente Enrique Mosconi no está satisfecho. Ha empezado a realizar una de las dos vertientes de su espíritu y de su tradición familiar. Ahora le falta la otra. No concibe la idea castrense desligada de la vida civil, y él demostrará hasta qué punto es posible armonizarlas. Se anota en los cursos de ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

Entretanto, presta servicios en el regimiento 7 de infantería. Con él, empieza a conocer el país: Rosario, Río Cuarto, Córdoba, Mercedes. Pocos hombres habrá que lo hayan recorrido tan extensamente como él al término de su vida.

En 1899, asciende a teniente primero, y aprovechando sus estudios universitarios lo mandan a Mendoza, para colaborar en el relevamiento topográfico y estadístico de la zona cordillerana. Un año más tarde, integra la comisión que estudia el ferrocarril estratégico del Neuquén, desde Confluencia a Pino Hachado.

1903. En junio, Enrique Mosconi obtiene el título de ingeniero civil. En agosto, asciende a capitán. Tiene veintiséis años, y ya está equipado para las empresas con que sueña.

Sus jefes reconocen sus aptitudes y le confían las misiones que le permitirán ampliarlas. Con su flamante título, Mosconi se incorpora al F. C. Central Norte e interviene como ingeniero de sección en el trazado de la línea férrea de Perico a Orán. Así va conociendo la gente, los materiales, la atmósfera en que deberá actuar.

Del extremo norte del país, lo mandan luego al extremo sur, Río Gallegos, con una misión delicada: terminar un cuartel de infantería que se está construyendo allí. Por esa época, 1904, el Ministro de Guerra llama a concurso para trazar los planos de dos cuarteles -Caballería e Infantería- para la guarnición de Buenos Aires. El capitán ingeniero se presenta al concurso y gana el primer premio.

Sus amigos festejan el triunfo con un banquete. Hay jefes y oficiales presentes. Pero Enrique Mosconi, aún en la euforia del éxito, no olvida los objetivos que mentalmente se ha trazado. Cuando le hacen hablar, su voz es severa, casi admonitora. Pero dice grandes verdades: “Si observo imperfecciones, debo expresarlas con la franqueza de que soy capaz”, aclara de antemano. Analiza la situación de la enseñanza universitaria y técnica en el país. Protesta contra la infecundidad, el conformismo, la rutina.

- No hay en la dirección superior de enseñanza -agrega- la idea de complementar desde el comienzo la preparación profesional del cuerpo de ingenieros civiles, que será en el país el instrumento más poderoso de su progreso, regulando ríos, perforando montañas y reduciendo distancias por la locomotora y el riel…

De ahí, dice, vendrán las grandes obras hidráulicas, las perforaciones a través de los Andes, la navegación interna. Para eso necesitamos técnicos. Para eso es necesario becar en el extranjero a los diplomados

más capaces. Le duele, dice, que se dude de “nuestra capacidad hasta para las cosas pequeñas”.

Palabras revolucionarias en el momento en que fueron pronunciadas, cuando el país estaba en pleno estado pastoril. Palabras actuales todavía. Pero su crítica no se limita al ámbito civil. También la tarea castrense le merece definiciones francas:

- No concibo tropa de zapadores sino abriendo caminos y construyendo polígonos; ni ferrocarrileros que no trabajen en su especialidad, ni telegrafistas que no entiendan líneas permanentes; ni pontoneros que no sepan construir los puentes de la paz como los puentes de la guerra.

Hay aplausos cuando termina Mosconi. Y muchos se quedan pensando…

“EL PORVENIR ESTA EN LA INDUSTRIA”

No ha terminado este año de 1904, tan pleno de acontecimientos para él, cuando lo mandan a Europa para comprar la usina hidroeléctrica que a partir de entonces daría luz y fuerza a las instalaciones del Campo de Mayo. De paso adquiere materiales para los cuarteles que se levantaron entre 1905 y 1910. Recorre Italia, Bélgica, Alemania. Infatigable, compara precios, materiales, condiciones de entrega. Más tarde, el Ministerio de Guerra lo felicitará “por el brillante desempeño de su comisión en Europa y por las economías realizadas en beneficio del erario”.

Está en Milán cuando se entera de una triste noticia. En un tren, alguien le presta un diario con un telegrama de Buenos Aires anunciando el suicidio de su antiguo jefe, el general Capdevila. La noticia afecta hondamente al joven capitán.

“Tenía por el general Capdevila un profundo respeto y un intenso cariño…”, escribe a un amigo. “Era un hombre fraternal y apasionado, trascendía de él el hálito de las grandes capacidades.” Y agrega: “Conmigo he traído la Última Orden que nos diera en el Colegio Militar al despedirme con el galón de subteniente.”

Aquellas palabras, definidoras de una vocación, para Mosconi tienen ahora un doble valor.

Tal vez en algún otro diario le llegue una noticia pequeñita: en Comodoro Rivadavia, República Argentina, el 13 de diciembre de 1907, se ha descubierto petróleo. ¿Presiente el mayor Mosconi -lo han

ascendido ese mismo año- la influencia que ese acontecimiento tendrá en su vida?

Por ahora completa su formación militar. Durante dos años se incorpora al ejército imperial alemán. Aprovecha su estancia en aquel país para obtener su diploma de ingeniero militar en la Academia Técnica de Prusia. Sucesivamente, hasta 1911, participa en las maniobras militares de los principales ejércitos europeos. Ese año vuelve al país. En 1012 es teniente coronel y tiene su primer mando de tropas: el G1, batallón de ingenieros, en Campo de Mayo. A sus órdenes hay un conscripto que un día comete una locura: “roba” un avión, cruza el río y desciende en Montevideo. Es el primer cruce aéreo del río. A Mosconi le toca prender la jineta de cabo en la casaca del conscripto Teodoro Fels.

En 1913 está de nuevo en Europa, es incorporado como teniente coronel al 3er. regimiento de la Guardia Imperial Alemana, y toma parte en las grandes maniobras que son el anticipo de la guerra que se avecina, y que al fin estalla. (Un detalle curioso: Mosconi será ferviente francófilo). En diciembre de 1914 regresa al país.

En 1915 lo nombran subdirector de Arsenales de Guerra. Un año después, director del Arsenal Esteban de Luca. La experiencia que trae de las grandes manufacturas bélicas europeas es insustituible. Sería vana pretensión todo lo que hizo Mosconi en Arsenales: salvando las distancias, una obra tan importante como la que realizaría más tarde en la Aeronáutica y en YPF. Señalemos, sin embargo, que es por esa época cuando recorre el país estudiando las aplicaciones industriales de las maderas de nuestros bosques. Hubo quien hizo fortuna con esos estudios; él los cede desinteresadamente... Mosconi no piensa en su beneficio personal, piensa en el país. “El porvenir del país -repite con obstinación de iluminado- está en la industria”. Y agrega, cuando al ascender a coronel sus amigos le ofrecen una demostración:

- La independencia política que hiciera la generación de Mayo, no ha sido completada.

Existe una sola manera de completarla: industrializar.

LA QUINTA ARMA

Comienzos de 1920. Hace más de un año que ha terminado la guerra mundial. En ella han hecho su primera aparición como elementos bélicos unos extraños pájaros mecánicos que todavía no son muy eficaces ni peligrosos, pero que progresan a grandes pasos: los aeroplanos militares.

En la Argentina, la aviación se encuentra casi en el mismo estado en que se encontraba cuando la “locura” de Teodoro Fels: un deporte peligroso y caballeresco, con sus primeros héroes y sus primeros mártires, pero nada más que un deporte. Es entonces cuando el coronel Enrique Mosconi es designado Director General de Aeronáutica del Ejército, repartición pequeña, pero que es potencialmente el actual ministerio de dicha arma.

Gran acierto. Porque Mosconi ve más lejos que muchos en ese terreno. Además, tiene la facultad de consustanciarse con su labor -cualquiera sea- y en poco tiempo lo vemos que se siente “hombre de la aeronáutica”. Habla con amor de la “quinta arma”, de “nuestra aviación militar y su flor y nata, la aviación de combate, que en breve tiempo quedará constituida”. Y traduce ese amor en hechos.

La misión que se propone y que cumple, él mismo la ha expresado: formar personal aeronavegante y el auxiliar; proveer y en caso necesario “fabricar” el material de vuelo; crear escuadrillas especializadas; fomentar el ambiente aeronáutico en el país; y por último, dejar constituido el grupo N°1 de aviación militar, “la flor y nata de la quinta arma”, la aviación de combate.

Mosconi tiene una visión casi profética del porvenir aeronáutico.

- Existe certidumbre, señores -dice un día-, de que las guerras futuras serán ganadas por los que dominen los aires.

Casi veinte años tardarían los estados mayores de algunas potencias en convencerse de esto que anticipaba Mosconi en 1920.

Pero la aeronáutica civil es igualmente importante.

- Veo en la aviación civil -afirma- la grande y sólida reserva de la aviación militar. Cuanto más avancemos en el dominio del espacio, tanto más próspera será la República y tanto más respetable la fuerza de la Nación.

En dos años ha puesto en vías de realización todos los proyectos que trajo a la aeronáutica. Cuando visita el país el “as” de la aviación francesa, René Fonck, tiene la satisfacción de mostrarle las piezas de aviones que ya se fabrican en los talleres del Palomar. Ha recorrido el país entero, creando conciencia aeronáutica, inaugurando campos de aterrizaje y aeroclubes, dictando conferencias, organizando los primeros raids de largo aliento, estudiando el trazado de las líneas estables.

Bien pudo decir entonces, al abandonar su cargo, que había sentado las bases de la quinta arma.

UN MENUDO EPISODIO. RAIZ DE UNA GRAN PASIÓN

Es en esa época cuando ocurre un incidente ya célebre. En agosto de 1922 está por concluir el año militar, y el coronel Mosconi ordena la realización de maniobras que incluían raids aéreos a diversas provincias alejadas. El país no produce aeronafta (ni siquiera nafta común) y es preciso comprarla. El proveedor habitual es la West India Oil Co., dependiente de la Standard Oil, el gigantesco monopolio norteamericano ya introducido en el país. Un oficial de administración lleva la orden de compra a la WICO. Le contestan:

- Si no pagan adelantado, no hay nafta.

El oficial, atónito, señala que la aeronáutica es dependencia del Ejército y se supone que el Ejército goza de crédito dentro del propio país.

- No hay nafta - le repiten.

Mosconi se pone furioso cuando se entera de la novedad. "Sorprendido me pregunté: ¿y si en lugar de tratarse de un simple raid de entrenamiento se debiera cumplir la orden de atacar a una escuadra enemiga que desde la rada amenazara con sus cañones la ciudad de Buenos Aires?, o bien, ¿si se debería realizar con toda urgencia un ataque aéreo contra una formación enemiga que pusiera en peligro la Capital Federal, qué haríamos en tal circunstancia en que, por la torpe acción de un comerciante, nos veíamos impedidos de hacer levantar vuelo a nuestras máquinas por carecer de combustibles para ello? Esta reflexión mordió mi espíritu."

Mosconi no es hombre de titubeos. Toma el toro por las astas. Acude a la oficina central de la WICO y se introduce en el despacho del gerente, "un señor relativamente joven", diría más tarde, "cuya opulenta prestancia rubricaba un cigarro de dimensiones extraordinarias". Y va derecho al grano. ¿Es exacto que la WICO no quiere vender nafta al ejército, salvo que se le pague por adelantado?

- Sí, señor, es exacto -responde el gerente-. Es la costumbre de la compañía.

- Advierta -le dijo Mosconi- que el Servicio Aeronáutico del Ejército no debe un solo centavo a su compañía, que se trata de una repartición militar solvente y dependiente del Ministerio de Guerra, y que por lo

tanto no sólo me sorprende su exigencia, sino que la considero impertinente y no la acepto.

Es probable que el gerente haya sonreído para sus adentros. ¿Con qué fuerzas contaba aquel coronel de un país subdesarrollado para oponerse a la voluntad de la Standard Oil? Y en realidad, Mosconi sólo contaba con la fuerza de su decisión y de su espíritu.

- Me guardé muchas cosas por cortesía -dijo más tarde-. Pero allí, en ese mismo escritorio, me propuse, juramentándome conmigo mismo, cooperar por todos los medios legales a romper los trusts-

Si le hubieran preguntado cómo iba a realizar esa empresa quimérica, probablemente no hubiera sabido qué responder. Pero el 6 de octubre de ese año, el diario “La Nación” publica un artículo altamente elogioso para la obra que con muy escasos recursos está realizando Mosconi en el Palomar. El Ministro de Agricultura, doctor Le Breton, lee el artículo. El flamante presidente Alvear lee el artículo. Lo comentan entre ellos. Mosconi… No lo conocen. Y sin embargo…

- ¿No será ése el hombre que necesitamos en el petróleo?

Era justamente el hombre. El 19 de octubre de 1922, el coronel Enrique Mosconi es designado director general de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

No sabía la WICO el enemigo que se había echado encima. El gerente del gran cigarro había cometido el error más garrafal de su vida.

MANO DE HIERRO

¿Qué era YPF aquel día de fines de 1922 en que el coronel Mosconi entró en el viejo edificio de Balcarce 278 para tomar posesión de su cargo? Materialmente, era un yacimiento en Comodoro Rivadavia, un depósito en Dársena Sur, una oficina central en Buenos Aires, y cuatro buques petroleros. Espiritualmente, era una empresa desarticulada, corroída por la burocracia y la lentitud, ya casi deficitaria, que se limitaba a extraer el petróleo crudo de Comodoro y venderlo a cualquier precio en estado natural, sin refinar. Era una típica oficina pública de la época, donde se trabajaba a la buena de Dios, a veces con entusiasmo, pero sin normas definidas ni visión de futuro.

En su libro “El petróleo argentino”, Mosconi no desestima lo que otros hicieron antes. Lejos de eso, reconoce justicieramente la obra de hombres como el ingeniero Huergo, el gran artífice del Sur argentino, y de los sucesivos gobiernos que, empezando por el de Figueroa Alcorta,

con patriótico criterio habían ido reservando a favor del Estado zonas cada vez mayores de Comodoro. Pero todo eso había sido una política de conservación y previsión. Ahora faltaba la otra etapa: el desarrollo en escala industrial.

Lo primero que comprueba Mosconi es el increíble desorden y atraso que reinan en la contabilidad de la empresa. Pone plazo fijo para normalizarla. Y entonces llega la primera comprobación desagradable: YPF tendrá ese año un déficit de 2.200.000 pesos. En efectivo, sólo había 90.000 pesos, y existían compromisos urgentes por favor de casi 160.000.

¿Qué hacer? Mosconi no quiere acudir a las arcas fiscales en busca de ayuda. Entonces se resuelve por las medidas heroicas: disminuir los gastos, incrementar la producción, reducir el personal, rebajar los sueldos, aumentar las horas de trabajo, castigar con descuentos el mínimo incumplimiento de horario, imponer una disciplina inflexible.

Las primeras medidas de Mosconi tienen un efecto fulminante. Dos meses y días después de asumir el cargo, puede anunciar al ministro que el déficit previsto no se materializó, sino que hay un importante superávit. Parece magia, pero es sana administración.

Diversas reparticiones del Estado adeudan dinero a YPF y no pagan desde hace años. Mosconi les aprieta las clavijas. Solicita, parlamenta, exige. Si es necesario, inicia interminables litigaciones. Pero cobra.

En diciembre de 1922 viaja a Comodoro y comprueba el bajo rendimiento de los pozos. Observa también la "falta de espíritu administrativo en el personal técnico, el cual se consideraba sin ninguna relación, con entera independencia, en lo que al servicio administrativo se refería, y procedía en la ejecución de su trabajo o en el desarrollo de sus funciones sin la menor preocupación respecto a los precios de los jornales y materiales que se invirtieran, permaneciendo completamente ajeno al costo de los elementos que producían". Agregará más tarde: "Era ésta una deficiencia de nuestro personal técnico en general que derivaba de defectos de enseñanza de nuestra facultad de Ingeniería donde al futuro ingeniero no se le daban normas administrativas y no se le hacía comprender que la verdadera función del técnico no es sólo producir, sino hacerlo al más bajo costo."

Mosconi decreta cesantías. Suprime los domingos y feriados. A todas partes lleva su espíritu indomable. Y en poco tiempo el yacimiento está produciendo más, más barato y con menos personal.

Y sin embargo, Mosconi no es insensible al bienestar de sus empleados y obreros, sino todo lo contrario. Tiene una visión, muy amplia para la época, de la justicia social. Pero, como siempre, es una visión práctica, realista. "No pudieron mejorar la situación pecuniaria por un simple aumento de sueldos -dice- era menester aumentar el valor adquisitivo… tratando de reducir en todo lo posible el costo y los precios de venta de los artículos de primera necesidad." Comodoro era una especie de Far West, donde se especulaba del modo más desenfrenado. Mosconi termina con eso de un golpe: crea una cooperativa de empleados y obreros, y los precios de los artículos son ahora más bajos que en el resto del país. Todavía se especula con el pan, que llega a precios inverosímiles. Mosconi hace construir una panadería y desaparecen los aprovechadores. Un gran hospital, barrios de viviendas, una iglesia, la escuela más grande del sur patagónico, club y campos de deportes, todo eso va surgiendo en el remoto Comodoro durante la administración del coronel Mosconi.

LA DESTILERÍA, UN SUEÑO

Articulado el mecanismo administrativo y tonificado el espíritu del personal (ya vuelven los primeros técnicos que mandó a perfeccionarse a los Estados Unidos), es necesario ir más lejos. Para eso hay que recurrir a la técnica. En 1922 todas las instalaciones de Comodoro están accionadas a vapor. Mosconi sabe que es necesario electrificar el yacimiento, porque con ello se ahorrará personal, se disminuirán los costos y se economizará el agua, que tanto escasea en la región. Dispone construir una gran usina que estará funcionando en 1926 y que dará economías anuales por valor de tres millones de pesos de aquella época.

Pero todavía queda un gran problema, tan grande que nadie pensó que pudiera resolverlo el militar-ingeniero. El país producía petróleo pero no lo elaboraba. Lo vendía crudo a las compañías extranjeras o a los buques de la Armada. De ese modo se perdían muchos millones. Ya en febrero de 1923, el director de YPF informa al ministro de Agricultura: "lo que resulta urgente es la adquisición y montaje de una planta de "topping" para tratar toda la producción fiscal, pues en la venta de nafta y kerosene obtendremos el cuantioso y verdadero beneficio de la explotación".

Había que levantar una destilería. ¿Un sueño? Los sueños de Mosconi tuvieron la virtud de convertirse en inmediata realidad. En mayo del mismo año 1923, se llama a concurso público a las empresas interesadas en construir en La Plata una destilería con capacidad para

elaborar 2.000 toneladas diarias de petróleo crudo de Comodoro Rivadavia, y que incluyera el "topping" o destilación primaria del petróleo crudo; el "cracking" o destilación secundaria del gas-oil o kerosene pesado, y la elaboración de lubricantes. En agosto se abren las propuestas de diez firmas. Se acepta la de Bethlehem Steel Co., norteamericana. En noviembre de 1923 se firma el convenio preliminar, en diciembre lo aprueba el P. E. Un año después se firma el convenio definitivo. "Con esto -diría Mosconi- el proyecto de construcción de la destilería de La Plata se ponía en marcha, para construir el más sólido pilar de la nueva organización. Este fue un toque de alarma para los trusts que hasta entonces dominaban nuestro mercado, y ese toque de alarma indicó la movilización de todas las resistencias y obstáculos que la proyectada destilería había de encontrar en su camino, obstáculos que fueron fuertes y tenaces..., pero la Dirección de YPF los abatió y destruyó a medida que se presentaban."

El gobierno emite letras de Tesorería para financiar las obras: 24 millones. Pero nadie las compra. No hay conciencia petrolera en el país. El proyecto está a punto de naufragar. Es entonces cuando el vocal de la Comisión Administradora de YPF, doctor Carlos Madariaga, tiene un gesto espléndido: garantiza con su fortuna particular todas las inversiones. La destilería se hace.

El 14 de enero de 1925 comienzan los trabajos. La Bethlehem cumple religiosamente los plazos, y Mosconi, que combate a los monopolios extranjeros, pero que no es un xenófobo ni mucho menos, se complace en destacarlo. El 23 de diciembre de 1925 se elaboran en La Plata los primeros litros de nafta fiscal. Es un gran día para el país. La monumental obra está casi terminada a once meses de su iniciación.

Ya hay nafta argentina para los automóviles y los aviones del país.

LA GRAN BATALLA

Durante su gestión al frente de YPF, Mosconi debe luchar en tres frentes. El primero es interno -poner de pie al organismo fiscal-, y en él triunfa plenamente. El segundo es político. Se trata de dar al país una legislación del petróleo, y esto no lo consigue porque el Senado, opositor, rechaza sistemáticamente cuanta tentativa se hace al respecto. "No hay nada más fácil que dictar leyes de petróleo... cuando no hay petróleo", diría Mosconi con sarcasmo. El tercer frente es internacional: la competencia con los grandes trusts del petróleo, la Standard Oil y la Royal Dutch, que han obtenido concesiones en el país, dominan el mercado y regulan los precios.

La estrategia de Mosconi, en este campo particular, es una verdadera lección. Sabe dominar sus impulsos, contemporizar y negociar hasta que llegue el momento. Por eso empieza aumentando la producción de petróleo crudo. Luego va a la elaboración del producto pero deja la comercialización a cargo de una empresa particular, la Auger, porque no puede afrontar todavía una lucha de tarifas con los dos grandes monopolios que poseyendo los recursos ilimitados, son capaces de implantar en cualquier momento el "dumping" de la nafta y borrar a YPF de la competencia.

Entretanto, se propone aumentar la producción fiscal de nafta mediante el "cracking" del fuel-oil. Es otra vez la Bethlehem la encargada de construir en la misma destilería de La Plata una planta con capacidad para "craquear" 1.800 metros cúbicos diarios de fuel-oil y 360 metros cúbicos de gas-oil. En junio de 1928 se firma contrato y en febrero de 1929 la planta está funcionando.

Ahora la producción fiscal de nafta y kerosene aumenta al doble y Mosconi puede por fin cumplir su juramento: romper los trusts, apoderarse del mercado y regular las tarifas. En mayo de 1929, YPF se hace cargo de la comercialización de sus propios productos.

En ese momento los precios de la nafta eran dictados directamente por las firmas extranjeras. Eran precios regionales, distintos en las diversas zonas del país, sujetos al capricho y la arbitrariedad. Pero además eran precios excesivos. El país estaba pagando por la nafta más de lo que valía.

Es casi teatral la forma en que Mosconi concluye los preparativos de la gran batalla. Un día de julio de 1929 llama a un jefe de la repartición y le pide los últimos datos sobre costos, importaciones, producción, transportes, consumos y precios de la nafta en el país. El jefe se los trae y pregunta:

- ¿Se puede saber para qué son, señor?

- Por el momento -responde el director de YPF- sólo lo podemos saber el presidente de la República y yo.

Pasan varios días. Mosconi llama a un alto empleado y le ordena preparar telegramas en blanco dirigidos a todas las agencias de YPF en el país. El alto empleado vuelve al día siguiente con la orden cumplida.

- Esta tarde -dice Mosconi- le daré el texto de la comunicación.

Es un sábado. A pesar del feriado vespertino, todo el personal recibe orden de trabajar esa tarde. Hay febril actividad en el edificio. Por fin se conoce el texto del telegrama que va a llenar todos los formularios en blanco y ser despachado a los cuatro rincones del país: A PARTIR DÍA PRIMERO DE AGOSTO SE REBAJA EN DOS CENTAVOS EL PRECIO DE LA NAFTA EN TODO EL PAÍS.

El texto parece inofensivo. Es una bomba.

¿Qué había pasado? Muy sencillo. La nafta se estaba vendiendo a veintiséis centavos y medio el litro. Pero ese precio era dictado por las compañías extranjeras. Y he aquí que de pronto YPF baja el precio de su nafta, como si se sintiera dueña del mercado. ¿Se habrá vuelto loco "el gringo" Mosconi?

En todo caso había método en su locura. La guerra de tarifas estaba declarada. El problema era que harían ahora la Standard y la Shell. Si no aceptaban la rebaja y mantenían sus propios precios perderían el mercado porque una diferencia de dos centavos era importante en aquella época. Si retiraban sus productos para provocar escasez, Mosconi tenía proyectado instalar nuevas destilerías y desalojarlas definitivamente. No les quedó más remedio que plegarse, aunque a regañadientes, a la nueva situación.

El hecho es de importancia decisiva. No en vano el general Mosconi, al publicar su libro "El petróleo argentino" lo subtituló "y la ruptura de los trusts petroleros el 1° de agosto de 1929".

En noviembre del mismo año, se descarga un nuevo golpe: otra rebaja de dos centavos. Y en febrero de 1930, una tercera rebaja de dos centavos y medio. El precio de la nafta en todo el país fijado en 20 centavos el litro.

Ahora es YPF quien regula el mercado.

LA OBRA

Es escaso el espacio para reseñar lo que en materia de petróleo se hace entre 1922 y 1930. Unas pocas cifras darán idea más adecuada. En 1922 se producen en el país 350.000 metros cúbicos de petróleo fiscal. En 1929 esa cifra asciende a 870.000 metros cúbicos. En 1922 hay una sola planta de almacenaje y distribución, la de Dársena Sur, en Buenos Aires. En 1930 se han agregado a ella la de Plazoleta Brasil, La Plata, Concepción del Uruguay, Santa Fe, Mar del Plata, Rosario, Ingeniero White. En 1922 la flora petrolera tiene 21.500 toneladas. En 1930, 50.000 toneladas.

Todo se ha multiplicado por dos o por tres. Y a ello debe sumarse el edificio propio de YPF en Paseo Colón. Y la destilería que en 1928 estaba elaborando 785.000 toneladas de petróleo crudo. Y el yacimiento de Plaza Huincul, incorporado a la repartición. Y el de Salta, explorado a partir de 1928. Y los centenares de surtidores de YPF que han brotado como hongos a lo largo de todos los caminos del país.

Es entonces cuando se produce la revolución de 1930. Es habitual decir que derrocó al presidente Yrigoyen. Pero cada vez crece más la convicción de que el gran derrocado aquel 6 de septiembre fue el general ingeniero Enrique Mosconi.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Mosconi es arrestado, calumniado, desterrado. De esa dura prueba su imagen ha de salir más limpia que nunca. Viaja a Europa. En Italia retorna a uno de los grandes amores de su juventud, la aviación, la quinta arma. Estudia cómo está organizada allí, y cuando vuelve presenta un minucioso informe. No puede olvidar, en las peores circunstancias, el servicio de su país.

Regresa a fines de 1932. El presidente Justo lo nombre -¡oh, ironía!- director de tiro y gimnasia... Él acepta ese menudo cargo con su austeridad habitual. No ha terminado de responder a las tarjetas de saludo cuando un ataque de apoplejía lo derriba.

En un sillón de inválido pasa la mayor parte de los días que le quedan. Contempla con amargura cómo se empieza a minar todo lo que él construyó con tanto cariño. Este anciano que parece abarcar toda la Patria con sus ojos fijos es el Convidado de Piedra de aquella década marcada por el fraude y los negociados. Tal vez recuerda las palabras del general Capdevila cuando le puso el galón de subteniente, un remoto día, en el viejo Colegio Militar: “Un día llegaréis a la cumbre de una montaña siempre bañada por las claridades del sol: es el término del viaje, al que se llega con los cabellos blancos a recibir la verdadera compensación a todos los sinsabores de la vida, la gran recompensa con que la patria premia a sus hijos; el consuelo varonil de haberla amado sobre todas las cosas y de haberla servido con todas vuestras energías”.

Sus antiguos empleados acuden a veces a verlo. Le recuerdan anécdotas suyas. Aquella vez que un geólogo, en Comodoro, hablaba de sinclinales y estratos y perfiles y fracturas para terminar el emplazamiento de un pozo. Y él agarró una piedra y dijo, tirándola al aire

- Dónde caiga la piedra haremos el pozo.

Y el pozo dio petróleo a chorros. El anciano se ríe. O aquella otra vez en que había que terminar el montaje de la planta deshidratadora y él le preguntó al técnico encargado:

- ¿Cuánto tiempo piensan tardar?

- Treinta días, señor.

- ¿Tres días, dijo? Perfecto. Lo felicito.

Y en tres días estuvo montada la planta, porque todos sabían quién era Mosconi.

Pero las mañanas y las tardes son largas en esta invalidez y hay que hacer algo. Las hermanas lo atienden y lo cuidan -él nunca se casó-, pero no puede estar sin hacer algo. Entonces dicta las páginas de un libro magistral: “El petróleo argentino”. Allí está relatada toda la epopeya de YPF. Y luego publica otro libro, y está preparando dos o tres más, pero la muerte no le da tiempo. Se lo lleva el 4 de junio de 1940.

Hubo discursos y homenajes ante su tumba. Las palabras doloridas de Baldrich, su hermano de pasión: “Algún derecho confieren 50 años de compañerismo y amistad para alzar la voz en este acto… El olvidado general Mosconi, tan cruel y adversamente tratado por el destino y los hombres y cuya muerte deploramos como patriotas y lloramos como amigos… nunca tuvo una queja por los injustos olvidos y menguados silencios de su nombre…”

Hay amigos en su cortejo y otros que lo combatieron. Hay largas necrologías en los diarios. Pero el mejor tributo que yo he visto está en una hojita amarillenta por los años, un diarito del Sur patagónico, de Comodoro Rivadavia: “Ha muerto el general Enrique Mosconi. Nosotros lo vimos llegar hace ya muchos años a esta desolada zona de uno de los puntos del horizonte… y luego aquello se fue transformando. Torres, un bosque de torres. Ríos de petróleo. Caminos. Casas. Barrios. Y método, disciplina, orden. Ha muerto el general Enrique Mosconi. Cada torre de YPF debería hoy estar enlutada”.

4. Cuba bombardeada por aviones con base en Florida

La Habana, bombardeada desde el aire por aviones con base en Florida

LA HABANA, 22 de octubre de 1959 (PL).- En el fastuoso hotel Habana Hilton, los delegados norteamericanos que asisten a la convención de Agentes del turismo se asomaron a las ventanas en la tarde de ayer, para presenciar un curioso espectáculo: del aire caían nubes de papelitos blancos.

En la calle, los transeúntes se detenían a recogerlos.

Eran unas hojas blancas, mimeografiadas, con este título: "Carta abierta al pueblo de Cuba del comandante Pedro Luis Díaz Lanz, ex Jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria".

Tras el movimiento inicial de desconcierto, algunos chiquillos empezaron a amontonar los panfletos y quemarlos en la vía pública.

Entretanto, el bombardero B-25 de fabricación norteamericana, de cuyo vientre caía la lluvia de papeles, sobrevolaba la ciudad sin ser molestado. En las esquinas los transeúntes lo señalaban con el dedo. No se observaba excitación alguna. Eran las seis de la tarde, y los acontecimientos registrados por la mañana en la ciudad de Camagüey, donde Fidel Castro destituyó al jefe militar Hubert Matos, no había alterado el ritmo tranquilo y bullicioso de la vida habanera.

Entonces comenzaron las explosiones y las ráfagas de ametralladora.

Rl B-25 rastrillaba a baja altura las calles más concurridas de La Habana Vieja. Los inocuos papelitos se había convertido en balas calibre 35 y en granadas de fragmentación.

En puntos muy alejados entre sí, las balas y las esquirlas segaron pacíficas concentraciones humanas. Cuando terminó la operación había dos muertos (uno de ellos terriblemente destrozado), cincuenta heridos graves y un número indefinido de lesionados.

LAS FORMAS DE LA AGRESIÓN

A esta altura las cosas, los cartelones, que portan por las calles en la tarde de hoy las manifestaciones populares, los titulares de los periódicos, la opinión del último ciudadano y el comentario de los

observadores más fríos y escépticos, coinciden en que Cuba está siendo objeto de una metódica agresión exterior.

El momento en que empezó esa agresión, es motivo de apreciaciones dispares. Algunos la sitúan en la audiencia que el Senado estadunidense concedió al excomandante Díaz Lanz. Otros, en la frustrada invasión trujillista en Trinidad. Cuando hace unos diez días se produjo el primer bombardeo aéreo contra un ingenio azucarero en la provincia de Pinar del Río, la crónica diaria había registrado ya innumerables incursiones en que se arrojaron armas y panfletos. Por fin, en la noche del martes 20 se produjo otro bombardeo aéreo, más grave que el anterior, en la provincia de Camagüey: se lanzaron dos bombas que causaron serios daños.

Sospechosamente, en la misma Camagüey, esa misma noche, el jefe militar de la plaza, comandante Hubert Matos, formulada a Fidel Castro un emplazamiento inaceptable, repetía la acusación de comunismo, y daba a publicidad su renuncia. Castro acudió a Camagüey, levantó a la población, se despojó de sus armas, y a la cabeza de cincuenta mil personas entró en el cuartel de Hubert Matos, sin que éste se atreviera a resistir. No obstante, se había creado ya el clima para el bombardeo de la tarde de ayer.

¿DE DONDE SALEN LOS AVIONES?

En su edición de esta mañana, 22 de octubre, el diario *Revolución* afirma en titulares que ocupan toda su primera plana: “PARTIERON DE ESTADOS UNIDOS LOS AVIONES”.

La fuerza aérea revolucionaria no pudo interceptar al aparato que ayer bombardeó La Habana, Mucho más difícil que eso hubiera sido seguirlo hasta su base para poder afirmar con plena certeza: salió de aquí.

Sin embargo, con razón o sin ella, la mayoría de la población cubana está firmemente convencida de que los aviones autores de los tres últimos bombardeos, y de las numerosas incursiones anteriores, proceden de la península de la Florida, y quizá del propio aeropuerto de Miami.

La hipótesis podrá, tal vez, ser desacertada, aunque sólo tiene una única alternativa -Ciudad de Trujillo-. Pero es palpable que al gobierno de los Estados Unidos le costará trabajo disuadir a la opinión pública cubana de que no está de algún modo amparando esta agresión que ayer cobró su primera y abundante cuota de sangre.

En este sentido, hay dos precedentes que pueden dificultar las explicaciones. Hace apenas quince días, el 8 de octubre, el embajador de Cuba en los Estados Unidos anunció que su gobierno había protestado formalmente ante el Departamento de Estados por “vuelos clandestinos sobre Cuba desde el territorio de los Estados Unidos”.

El segundo precedente es todavía más molesto. El 16 de octubre, el Departamento de Estado reveló que el gobierno de los Estados Unidos había expresado al de Gran Bretaña su “preocupación” por la proyectada venta de aviones a reacción ingleses al gobierno de Castro. Joseph Reap, vocero del Departamento de Estado, declaró en esa oportunidad que “no es un secreto para nadie que los Estados Unidos no aprueban el envío de armamentos a la región del Caribe”.

A la población de La Habana, sometida por primera vez a un bombardeo aéreo, le resultaría difícil en este momento pensar que los aviones a reacción cuya compra fue paralizada por los Estados Unidos, no son necesarios para la defensa de la isla.

Una cosa es evidente: el ataque de ayer no se habría producido.

Cuarto ataque aéreo a Cuba en quince días

LA HABANA, (PL).- Esta mañana, un avión bimotor gris ametralló repetidamente a un tren Diesel que hacía el trayecto entre las localidades de Yaguajay y Caibarién, en la provincia de Las Villas.

Es éste el cuarto ataque aéreo que sufre Cuba en los últimos quince días, por parte de aviones que presumiblemente tienen sus bases en los Estados Unidos.

El primero se produjo el 9 de octubre, cuando un aparato no identificado voló sobre el ingenio azucarero Niágara, en la provincia de Pinar del Río, y lanzó dos ataques de gasolina gelatinosa provisto de granadas que debían oficiar de espoletas. El mecanismo no funcionó, y el impacto de los tanques sólo causó daños leves.

Cabe señalar que apenas dos días antes el embajador de Cuba en los Estados Unidos, doctor Dihigo, había protestado por los ya crónicos “vuelos clandestinos sobre Cuba desde el territorio de los Estados Unidos”.

La segunda agresión se realizó el 19 de octubre. El aparato atacante, un bimotor con las alas pintadas de amarillo, tiró dos bombas de cien libras sobre el ingenio azucarero Punta Alegre, en la provincia de Camagüey, haciendo certeros blancos y provocando daños serios.

El 21 de octubre, a partir de las seis de la tarde, la ciudad de La Habana fue atacada durante una hora por un bimotor de fabricación norteamericana, que tras arrojar una nube de proclamas firmadas por el ex Jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria, Díaz Lanz, ametralló persistentemente las calles más céntricas y lanzó varias bombas de fragmentación.

Resultado: dos muertos y cincuenta heridos.

Hablando ante la televisión al día siguiente del ataque, Fidel Castro acusó francamente a los Estados Unidos, preguntando si no ha sido ya suficiente el número de bombas norteamericanas que durante la dictadura de Batista "cayeron sobre los bohíos y las casas cubanas".

Tampoco fue remiso Castro al apuntar posibles represalias, como la cancelación de la base naval de Guantánamo que [...] mantienen los Estados Unidos en Cuba. "¿Qué clase de reciprocidad", preguntó, "es la de los Estados Unidos, que por tener una base naval en el territorio nacional para defender su territorio, nos envían aviones desde sus bases con los criminales de guerra que nos asesinaron al pueblo, y les permiten venir a los Estados Unidos a bombardear las ciudades cubanas?".

Entretanto, el embajador norteamericano en Cuba, Phillip Bonsal, demostrando "genuina preocupación" por el alarmante bombardeo que había presenciado millares de personas, declaraba que pediría una inmediata investigación.

Poco después era detenido en Miami Pedro Luis Díaz Lanz, el fugitivo exjefe de la aviación rebelde. Interrogado por sus agentes del FBI, admitió ser él quien había realizado el vuelo sobre La Habana.

Según un despacho de una agencia norteamericana, publicado hoy, un vocero del FBI afirmó escuetamente:

-El vuelto se originó en los Estados Unidos.

Simultáneamente, sin embargo, el Departamento de Estado norteamericano daba a conocer un comunicado afirmando que "no ha habido evidencia de que los aviones que bombardearon La Habana hayan volado del territorio norteamericano ni que hayan regresado a él".

Y agregaba: "Nuestros agentes están investigando para establecer si el territorio norteamericano estuvo envuelto en estas actividades."

Es de presumir que los agentes del FBI tendrán un nuevo elemento de juicio -aparte de la confesión de Díaz Lanz- cuando lean la revista *Time*

del 26 de octubre, cuya edición latinoamericana, impresa en Cuba, ya circula aquí.

Comentando la situación cubana en términos que por cierto no son favorables a Castro, la citada revista admite:

"Los suministros [para los contrarrevolucionarios] llegan de noche en pequeños aviones *que despegan de cualquiera de los pequeños aeródromos de Florida meridional*. Recientemente un avión dejó caer sus tanques de combustible sobre un ingenio azucarero de Pinar del Río, incendiándolo".

Dado el furor que entre la población civil y las autoridades cubanas están provocando los ataques aéreos, es lícito presumir que el asunto seguirá siendo durante algún tiempo tema de comentarios. Por lo pronto, ya se observa en cables y opiniones procedentes del exterior una curiosa tentativa por quitar importancia al bombardeo del pasado miércoles. Se da a entender o se afirma que no hubo bombardeo, sino un simple lanzamiento de panfletos, a continuación del cual los cubanos enloquecidos empezaron a tirarse granadas entre sí. Debe admitirse que una información errónea propalada en los primeros minutos del ataque por la policía de La Habana es la única base para esa versión infantil, que está desmentida por el elevado número de víctimas y por el testimonio ocular de millares de personas. El miércoles pasado hubo bombardeo en La Habana, y el avión atacante tripulado por Díaz Lanz partió de una base estadounidense.

Quinto ataque aéreo a Cuba

LA HABANA, 26 de octubre de 1959 (PL).- Un avión procedente de los Estados Unidos realizó el quinto ataque aéreo contra Cuba en diecisiete días.

El ataque se realizó a las seis y media de la tarde contra el ingenio azucarero Niágara, situado en la provincia de Pinar del Río, que fue objeto de un primer bombardeo el día 9 del corriente mes.

El aparato agresor lanzó una bomba incendiaria, que quemó una casa, y varios "niples" (bombas de fragmentación).

El anuncio fue realizado por el propio Fidel Castro, media hora más tarde, durante la concentración de un millón de personas que se efectuaba ante el Palacio Presidencial de La Habana, y que estaba convocada justamente para protestar contra los bombardeos que se hacen desde bases situadas en los Estados unidos.

Hay fuertes indicios de que la proximidad del ataque era conocida en Miami, por lo menos en ciertos medios periodísticos. Efectivamente, un cable de una agencia informativa norteamericana, llegado a La Habana tres horas antes del bombardeo a Pinar del Río, decía textualmente lo que sigue: “seis o siete aviones están en vuelo desde la región de Miami a La Habana, para lanzar volantes antirrevolucionarios sobre la concentración en apoyo a Fidel Castro, que se está realizando en la capital cubana”, Dicho cable agregaba que el funcionario de la Aduana de Miami Joseph A. Fortier había dicho: “Tenemos mucha información de que están realizando esos vuelos. No sabemos qué éxito pueden haber tenido. Naturalmente, estamos tratando de ubicar a las gentes que pueden haber participado en el pilotaje de esos vuelos.”

El despacho de la agencia norteamericana agregaba que Fortier declaraba haber enviado “agentes a diferentes aeropuertos de la región meridional de la Florida”, y que según sus informes “algunos de los aviones que toman parte en el supuesto vuelo a La Habana han sido alquilados y los otros eran de propiedad particular”.

Fortier agregaba, siempre según el despacho, que esos agentes estaban investigando “el paradero de personas de quienes se sabe que en el pasado han participado en vuelos similares… Y que estaban en posesión de varios modelos anticuados de los empleados en la Segunda Guerra Mundial, incluso un B-25 y un B-18”.

A las cinco de la tarde, hora cubana, el propio Joseph A. Fortier, interrogado por la Prensa Latina, desmintió terminantemente haber suministrado esa información.

“No me explico”, dijo Fortier a Prensa Latina, “por qué la United Press ha dicho que yo anuncié esa salida. Ellos me llamaron por teléfono para preguntarme si era cierto el rumor que circulaba en Miami de que cinco o seis aviones estaban preparados para volar sobre La Habana y arrojar impresos, pero hasta ese momento, cinco y media de la tarde, ninguno ha despegado hacia Cuba. Le informé que ningún avión había despegado, y que impediríamos que salieron”.

Una fuente revolucionaria de La Habana, instada a opinar sobre la contradicción, recordó la mundialmente famosa anécdota del magnate periodístico norteamericano que a fines del siglo pasado ordenó a su mejor reportero embarcarse hacia Cuba para “cubrir” las informaciones de la guerra”

“Pero si en Cuba no hay guerra”, exclamó el azorado corresponsal.

"Usted limítese a poner las noticias", tronó el propietario de la más grande cadena periodística, de la que en parte desciende la United Press International. "¡La guerra la pongo yo!"

Al día siguiente se producía la voladura (que los textos escolares siguen llamando "misteriosa") del Maine, y estallaba la guerra contra España.

La anécdota parece haberse repetido hoy, cuando una agencia noticiosa norteamericana supo con varias horas de anticipación que habría un bombardeo contra Cuba, y cometió el error de poner la versión en boca de un funcionario que ahora la niega terminantemente.

5. Sigue la polémica sobre Argelia

Aunque no soy el autor del reportaje al padre Berenguer que impugna el señor Martin Codoni en el N° 7 de TAREA, tengo cierta responsabilidad en la difusión del mismo, ya que salió de mi oficina con mi previa aprobación.

Sin duda el Padre Berenguer es quien mejor puede contestar los argumentos de Codoni, y no tengo duda de que lo hará. Pero Codoni cree oportuno, además, referirse al periodista de Prensa Latina (Sucursal Río de Janeiro) que redactó la información. Dice que es "gratuita y tendenciosa" la intención que ese colega atribuye a Malraux de "recoger votos contra el pueblo de Argelia".

Como elemento de juicio me limitaré a traducir el primer párrafo de un Artículo aparecido en *"France Observateur"*, el 17 de septiembre.

"Francia, en condiciones atroces, avanza con una llaga al costado. Si alguien le hace una zancadilla, que no seáis vosotros brasileños". Este apóstrofe de Cesar herido, este "Tu quoque Brute" a título preventivo, arrancó una lágrima a las viejas damas humanistas y retóricas de la sociedad de Río. Era el último trance del Ministro de la Cultura. Había triunfado: sacudido durante cinco días por "el aliento soberbio de Malraux el Conquistador" (según cablegrafió el corresponsal de "Le Monde"), el Brasil oficial rendía las armas. Contra la Francia sufriente, desgarrada, torturada, no alzaría el puñal. Dicho de manera más vulgar: América latina (Brasil, Argentina, Chile, Perú, puesto que en los cuatro países Malraux repitió su numerito, con pocas variantes) votaría a favor de Francia en la ONU, durante el próximo debate sobre la cuestión argelina".

Como se ve, "France Observateur" también pensaba que Malraux venía a recoger votos. Si he de atenerme a un estricto criterio de autoridad, confieso que "France Observateur" me impresiona un poco más que el señor Codoni. Ya me parecía bastante divertido que Codoni pretenda discutirle sobre Argelia a un hombre que nació allí, que durante la Segunda Guerra mundial peleó contra el nazismo (ya que Codoni lo menciona) en las filas del ejército francés, que fue herido en Montecassino y condecorado por el propio De Gaulle, y que para colmo es sacerdote católico y tiene su parroquia en una aldea argelina.

Pero que encima Codoni pretenda también discutirle a lo más esclarecido de la opinión francesa es, ¿cómo diríamos? "un peu trop fort".

Incidentalmente, ya que Codoni afirma que el Gobierno Francés no persigue al Padre Berenguer, le comunico que con fecha de 14 de noviembre le canceló su pasaporte transformándolo así en un apátrida. Por correo aparte le mandaré fotocopia de la resolución.

R. J. WALSH

Jefe del Departamento

Servicios Especiales - Prensa Latina

6. Hablaron de teatro

Cossa, Rozenmacher y Walsh

Escena I

La escena se desarrolla en la casa de la periodista. Un living que no puede ocultar un dormitorio. Sillas, mesas, un afiche en la pared, cierto desorden, en el suelo, un grabador enchufado.

Están sentados en círculo.

PERIODISTA

ROBERTO M. COSSA, 30 años, autor de "Nuestro fin de semana".

RODOLFO J. WALSH, 38 años, autor de "La granada".

GERMÁN ROZENMACHER, 29 años, autor de "Réquiem para un viernes a la noche"

CHANA, mujer de Rozenmacher, joven y bonita.

Antes de comenzar la escena se oyen confusas voces en donde se mezcla al ruido de hielo y vasos, palabras sueltas y superpuestas: Santo Domingo, Caamaño, turros, yanquis, etc.

PER. - El reportaje que les voy a hacer es para "Tiempos Modernos", la que era "El Grillo de Papel". La primera pregunta -aunque tengo pocas ganas de trabajar, y voy a dejar que ustedes conversen- es "¿Para qué y por qué hacen teatro?"... (Mirando el artefacto:)

A ver, esperá a ver si graba…

COSSA. - Sí, está grabando. Si se mueve ahí, es que está grabando…

PER. - Bueno, Cossa, aparte de tu experiencia, breve, como actor y crítico literario, ¿cómo te pusiste a escribir "Nuestro fin de semana"?

COSSA. - Empecé a armar diálogos, quería escribir una obra en un acto. Lo hacía un poco espontáneamente porque me gustaba dialogar…

WALSH. - Esa debe ser una experiencia común… Además es una pregunta que siempre te hacen. (Fastidiado.) ¿Y qué sé yo por qué?

PER. (agarrándose a la única pregunta que se le ocurrió) - Pero Yo pregunto por qué eligieron la forma teatral, y no el cuento, el poema…

COSSA. - Poema es difícil que uno no haya escrito, cuento yo había intentado. Uno se pone a narrar una carilla y después la rompe. Vos llegás al teatro porque el diálogo te carbura, te resulta fácil es una expresión directa en uno. Además yo vengo de una familia de actores…

PER. - Y antes del teatro, ¿qué hacías?

COSSA. - Nací.

PER. - ¿Y así de chiquito empezaste?

COSSA. - No, tuve una "infancia muy dura". (Lo dice en chiste y todos ríen).

PER. - Vamos a dejarlo, lo de la infancia dura, vamos a dejarlo entre comillas, para eso hay un grabador acá…

COSSA. - Antes hacía lo de siempre, un primer año en alguna facultad como todos nosotros…

WALSH. - ¿En cuál, che?

COSSA. - Medicina.

WALSH. - Yo hice Filosofía en La Plata.

PER. - ¿Vos, Germán?

COSSA. - No, Germán es el único que rompe aquí con el…

ROZENMACHER. - Yo estoy terminando, gracias a Chana, Letras. Me faltan 5 materias…

CHANA. - Le damos al latín hasta las cuatro de la mañana.

ROZENMACHER. - Dejé Derecho, con gran drama de mis viejos. Empecé a hacer lo que quería, estudiar y ponerme a escribir.

WALSH. - ¿Tu vieja quería que fueras abogado?

ROZENMACHER. - Sí… bueno, quería…

WALSH. - Que fueras alguien.

CHANA. - ¡Un doctor!

ROZENMACHER. - Sí, claro, como todos los padres…

COSSA. - "Alguien". Pero que aparte ganara plata.

PER. - ¿Ya lo logró tu padre, no?

ROZENMACHER. - ¡Nooo!

WALSH. - ¿No está satisfecho?

ROZENMACHER. - No, él creía que esto era una especie de escalafón. Uno escribía una obra... Me decía: "Ahora vas a hacer otra, y después otra, y te vas a comprar un coche..."

COSSA. - Bueno, es la opinión de Mottura, en alguna medida, ¿no?

ROZENMACHER. - Cuando le expliqué que la cosa era más ambigua, que no había ninguna garantía de que a uno le fuera bien o mal, independientemente de la calidad de la obra, se quedó pensando: "¿Dónde está la manija de la pelota ésta, para qué sirve todo esto?"

PER. - Este es el punto de vista de tu papá, pero por qué ustedes tres...

ROZENMACHER. - No sólo de mi papá... sino de...

PER. - Bueno, de tu papá, de Mottura, en fin... (Risas generales.)

WALSH (Conderosamente). - ¿Quién es Mottura?

ROZENMACHER. - ¿Contamos la anécdota, Cossa?

COSSA. - Bueno, Mottura tiene dos anécdotas, una sobre...

ROZENMACHER. - (interrumpe, se levanta). - ¡No, no, no! ¡No la contés que va a salir!

COSSA. -Yo se la cuento igual...

ROZENMACHER. - ¡Ay! ¡Qué huevón! ¡Vos no la conocés! (A periodista.) ¿Si la ponés te saco en la revista ASÍ, en la tapa, con los cadáveres! (Risas.)

COSSA. - Bueno, no creo que Mottura dirija una obra nuestra nunca, y segundo espero que la publiquen pero que lo haga en un diálogo salpicado, entonces nos comprometemos los tres.

PER. - Yo te pongo los cómplices, no te preocupes.

WALSH. - A mí me contaron que fue a ver una obra, ¿no era la tuya? , y dijo: "Muy bien, muy lindo, muy intelikente, pero no entendí un karako!

COSSA. - No, conmigo no fue. A mí fue a verlo a Gené y le dijo: "Muy linda la obra, muy lindo tu trabajo. Gené. La obra stá muy bien, é muy verdadera, tan verdadera, ¿eh?, ma tan verdadera que me rompió la pelota!" (Risas de todos.)

Y a Rozenmacher le dijo…

PER. - No, que lo diga Rozenmacher.

ROZENMACHER. - Bueno, va a ser una contribución a la mitología del teatro argentino, no a Mottura director. Me presentó Gutiérrez. "Ah, é muy buena su obra", me dijo, "sí, muy buena é muy fluida, questa pluma fáchile que usted tiene. E dígame ¿per ché se quedó en la casa del muchacho? Per qué no va a la casa de la chica, e toda la familia de la chica, questa casa. Claro, questo é un tema que Carolina Invernizzio ha tratado ya, pero tratarlo ahora con mucha altura, con questa prosa fáchile, siga, siga".

PER. - Eso es la fama ¿no?

Escena II

Se han servido algunos Whiskies, algunos cafés, se han fumado muchos cigarrillos. La periodista se dejó llevar por la gracia de la anécdota y ha olvidado su función o la ha relegado al grabador. Entonces Walsh se acuerda de su oficio de periodista y empieza a conducir el reportaje.

WALSH. - Yo insisto en preguntarle a Germán en qué medida es autobiográfico el Réquiem.

ROZENMACHER. - Bueno, es más autobiográfico que lo de Cossa, y no hablo de tu obra. Pero lo es en la medida en que todas las buenas obras que hacemos son autobiográficas… Es la única seguridad que tenemos del mundo que nos rodea, es el testimonio de lo verificable, cuando no queremos macanear, hacer "literatura". Se impone como método de trabajo, como forma de ir hacia la realidad, sin influencias, que es lo más tramposo. La autobiografía es la única manera de comenzar a abrir nuestra realidad, de ir probando hasta ver adónde se llega.

PER. - En vos, Cossa, el sentido de lo autobiográfico es el de lo conocido, ¿no?

COSSA. -Sí…

ROZENMACHER. - En él…

PER. - Tus parlamentos son muy largos, Germán, dejalo…

ROZENMACHER (en broma). - Los parlamentos de Walsh también son muy largos y Potenze se lo hizo notar. (Ríen todos.)

PER. - ¡Mattura y Potenze en un mismo reportaje, me niego!

COSSA. - Yo creo que hay cosas de las que no escapamos ninguno, no lo digo como defensa ni calificación de la obra. Creo que hay una constante que nos pertenece a todos; el aburrimiento, la incomunicación. El clima de “Nuestro fin de semana” no es autobiográfico pero sí observado.

WALSH. - ¿Y qué es lo que te lleva a escuchar a esa gente? ¿Cómo podés acercarte a la monotonía con tanta paciencia?

COSSA. - Es una pregunta que no me han hecho antes ni me la he hecho yo mismo.

WALSH. - Es decís, ¿vos amás a esa gente?

COSSA. - Sí. A mí no me deprimen. Cuando sufren, me duele. Yo prefiero escucharlos, y no darles cosas mías.

WALSH. -¿Hay una tesis, aunque sea implícita, de que esa gente está así por situación social?

COSSA. - Yo no me lo planteo, pero creo que sí. Son tipos generalmente clase media, gente pequeño-burguesa, cuyas salidas en esta construcción social son imposibles

WALSH. - ¿El factor opresivo esencial sería una sociedad de masas?

COSSA. - No, una sociedad netamente capitalista donde el hombre vive junto a otros seis millones, pero no se comunica nunca con el hombre de al lado.

Escena III

PER. - Se ha hablado mucho de la “renovación” del teatro argentino que los incluye a ustedes y a De Cecco. ¿Ustedes qué opinan?

COSSA. - Creo, y lo dije ya en un reportaje, que no se puede hablar de renovación con sólo tres obras de autores nuevos, tres primeras obras. Para eso haría falta toda una corriente dramática. Hasta tanto creo que son coincidencias, nada más.

ROZENMACHER. - Fijate que los críticos, que se supone deben estar informados, no mencionan a Halac, en esa renovación. Y “Soledad para cuatro”, es del 60 o el 61. Pero esto es una de las características de nuestra sociedad subdesarrollada clase A: la necesidad desesperada

que sentimos por tener un Cine o una Dramaturgia. Debemos tener mucho cuidado en no inventar. Lo menos que podemos tener es mucha lucidez y mucha modestia para calificar, para tipificar. (Hace un gesto buscando un cigarrillo).

PER. - Acá hay, ¿querés? (Rozenmacher enciende)

Escena IV

WALSH. - ... En la temática forzosamente se deben abarcar los meridianos de interés...

COSSA. - ...pero ¿cómo?

WALSH. - ...el dinero, la política, el poder, el amor, no sé si hay otros... la vida cotidiana...

COSSA. - En realidad, esa es la temática universal. Importa cómo la tenemos que dar nosotros.

WALSH. - Teniendo en cuenta el tipo de país que somos; semidependiente, en donde el escritor tiene, además de la función de creación artística o de placer estético, que no puede renunciar, otra función, que es la del hombre de lucha. A esta altura de las cosas ya no se puede ser un mero esteta. Creo que el último escritor de derecha de Latinoamérica ha muerto, o tiene 70 años...

COSSA. _ O es Borges...

WALSH. - que tiene 66.

ROZENMACHER. - La necesidad de comunicación que decís vos es cierta, pero el peligro existe en hacer populismo.

WALSH. - ... el peligro consiste en renunciar a la que de todas maneras sigue siendo...

ROZENMACHER. - ... no ser artista ¿no?

WALSH. - ¡Claaaro! De ninguna manera una actitud de lucha implica descender a una mera actitud de propagandista callejero y renunciar a lo que es arte.

ROZENMACHER, - Ese es un peligro, el otro es que uno empieza solo. Arlt, Payró, Sánchez, empiezan solos. En cuanto a lograr la creación del mundo artístico de uno y hablar de cosas que a uno le permitan

actuar como escritor militante, sin hacer panfleto, es un laburo de la gran…

PER. - Ustedes dirían que están influidos respectivamente por…

COSSA (murmura). - ¡Por tanta gente! (fuerte.) A uno le es difícil observar las influencias. A veces son gustos. A mí un autor que me tocó mucho, es Miller.

WALSH. - A mí también me interesa fundamentalmente Miller. Me parece el más grande autor de teatro. …

ROZENMACHER. - … contemporáneo.

WALSH. - … contemporáneo y hay que remontarse muy atrás para encontrar.

COSSA. - Ahora ¿por qué tal o cuál debe ser la temática nuestra? (A Walsh). Vos has agarrado un tema en "La granada" que es inexplicable que los autores argentinos no hayan tocado antes, y lo hiciste por el único camino que se me ocurre que se podía hacer, que es por el lado de la farsa.

WALSH. - Bueno, la necesidad de tocar el tema me parece ineludible en la medida en que el Ejército viene influyendo permanentemente en la política de nuestros países desde hace 150 años. Tratarlo en farsa es la manera más "presentable" de tratarlo. La conciencia de que es un tema fundamental se está despertando en todas partes al mismo tiempo. Hay cuentos de Viñas anteriores a mi obra, o "La Ciudad y los Perros", donde se realiza una embestida contra la institución militar, que para decirlo de una vez y por todas es una institución que sobra en países miserables, donde la gente se muere de hambre y estamos manteniendo aparatos guerreros absurdos.

ROZENMACHER. - No es tan inexplicable que no se haya tratado el tema. Eso refleja la situación del intelectual de un país colonial, en la medida que no crea vitalmente cultura sino que la refleja y se limita a ser un acompañamiento orquestal y sólo cuando toma conciencia de su mal empieza a denunciarlo.

WALSH (a Cossa). - A mí, la descripción de esas vidas grises de empleados, en tu obra, me parece totalmente subversiva.

COSSA. - Sí, yo creo que no hay complicidad en eso. Pero le preguntaba por "La granada" porque creo que el tratamiento de la farsa es muy importante. El teatro argentino está un poco enfermo de trascendentalismo. Creo que el camino es un tratamiento mucho más

realista, más cotidiano. No porque yo defienda mi teatro. Se puede hacer así, como Germán, como vos. En alguna medida como Halac, como De Cecco, pese a que él busca un trascendentalismo a través de la arquitectura de la tragedia griega.

WALSH. - Esto sería más el tratamiento que la temática.

COSSA. - Creo que la temática hace mucho a esto. Ionesco no es sólo un tratamiento, un estilo. Detrás hay un criterio, una temática, una ideología. Bueno, pienso que los argentinos tienen que ser anti-Ionesco.

WALSH. - Sí, totalmente de acuerdo. Yo me he manifestado aparentemente en contra del tratamiento realista porque en primera instancia a mí no me sale.

COSSA. - Pero tu obra es realista, ¿no?

WALSH. - Sí, en parte sí, pero introduzco por ahí sectores de irrealidad. El técnico en explosivos era irreal…

COSSA. - Claro, pero nadie sale pensando que no son los militares argentinos y en ese sentido vos reflejás una realidad nuestra.

ROZENMACHER. - Eso de Mao de las Cien Flores viene perfectamente bien. La única condición es que el espectador se vea reflejado. La manera en que el autor logra crear la comunidad entre espectador y escenario, es cosa suya.

COSSA. -Sí, pero como constante el escritor tiene que trabajar de una forma directa, reflejando una realidad nuestra permanente y vigente.

WALSH. - Sí, yo trato de evadirme a veces pero no puedo. La realidad argentina y la realidad latinoamericana pesan en mí de una forma abrumadora, ¿no? Mi primer tentación es buscar símbolos, eso te agarra los…

ROZENMACHER. - Yo creo que la vanguardia para nosotros es el realismo, dándole una amplitud total a la palabra realismo.

PER. - ¿Tienen algo más, muy importante que decir?…

COSSA. - ¡Nunca!

PER. (señalando la cinta del grabador). Queda poca.

WALSH. - Podríamos aprovechar para decir algo sobre los hijos de… norteamericanos en la República Dominicana…

COSSA. - repudio…

ROZENMACHER. - voto de censura.

PER. - No, ahí empezaron la grabación.

COSSA (con ironía). - Bueno, bueno, política no ¿eh?

TELÓN

7. ¿QUIÉN MATÓ A ROSENDO?

Por Mario Mactas

¡Tiren!

Los mozos desaparecen al primer disparo de un 38 que emerge del grupo próximo a la puerta que da a la calle Sarmiento. La pizzería "La Real" se transforma en un infierno. Son apenas doce metros por seis en los que los hombres que hasta hace cuatro minutos estaban sentados con tazas de café delante de los ojos han iniciado un tiroteo. "La Real" está en Mitre y Sarmiento, Avellaneda. Son algo más de las doce de la noche. Algunas luces se apagan, y dejan de brillar las imitaciones de mármol azul y amarillo que recubren las paredes grasientas.

- ¡Traidores! ¡Traidores!

Ya hay hombres en el suelo, con sangre. Mucho humo, mucho olor a pólvora.

- ¡Rosendo!

Diez, doce, catorce tiros. Y todos corren ahora. Algunos hacia afuera. Otros hacia adentro. Los más, hacia la noche de Avellaneda para desaparecer.

El 13 de mayo de 1966 dio comienzo una historia poblada de enigmas. Muchos de sus personajes son sólo rostros borrosos y nombres entrecomillados. Pero tres muertes, paradójicamente, dieron vida a un episodio que de otra manera hubiera sido solamente una refriega más de las muchas que conoce la historia de la vida política de Avellaneda.

Allí cayeron dos oscuros militantes sindicales: Domingo "El griego" Blajaquis y Juan Salazar. También sobre el piso de "La Real" dejó su vida el dirigente metalúrgico Rosendo García, de sonrisa gardeliana, simpatía innata y enormes posibilidades de escalar posiciones políticas.

Como no podría ser de otra manera, la frialdad judicial -el asunto recayó en manos del juez Cáceres, de La Plata- convirtió el sangriento tiroteo de "La Real" -hubo heridos leves y uno gravísimo- en una pulcra colección de legajos. Con ello vino el olvido. Las planas de los diarios fueron reemplazadas por las carátulas que rezan: "Triple homicidio en riña" (García, Salazar y Blajaquis), "Lesiones gravísimas" (Gerardi) y "Lesiones leves" (Safi).

Sin embargo, el 8 de mayo de 1969 -casi tres años después del episodio- el periodista y narrador Rodolfo J. Walsh reunió a la prensa oral y escrita en la sede de la C.G.T de los Argentinos, en la cual dirige un semanario de esa fracción sindical.

- Señores, amigos -dijo Walsh, un descendiente de irlandeses que viste sin ninguna preocupación un viejo “blazer” con cueros en los codos, anteojos, calva y pelo muy largo en la nuca, rostro en el que se mezclan rasgos más o menos prototípicos del intelectual y el criollo.

- Los he reunido para darles el resultado de la larga investigación que realicé durante 36 meses, con el único objeto de probar dos cosas: A) Que el disparo que mató a Rosendo García provino de la zona en que estaba el grupo donde se encontraba Augusto Timoteo Vandor. B) Que el grupo que integraba Salazar y Blajaquis estaba absolutamente desarmado. Además, amigos, creo poder afirmar sin error que la muerte de Rosendo se produjo por una bala del arma proveniente del grupo Vandor…

Una de las denuncias más explosivas de los últimos tiempos había estallado. Walsh, acaso, lo sabía de antemano: es un veterano en sacudimientos de opinión pública, realizó investigaciones similares en tres oportunidades anteriores. La prensa recogió con generosidad las declaraciones del escritor-periodista. “La Razón”, por ejemplo, no vaciló en otorgarle casi íntegramente un espacio que comercialmente valdría cerca de un millón de pesos: su página 14 de la edición del viernes 9. En los ambientes sindicales, entre silencios y temores, volvieron a revivir con fuerza los viejos antagonismos. “Gente” pudo notar, que herrumbradas pistolas volvían, lustrosas, a la cintura. No obstante el siglo y la mesura en las opiniones parecían contradecir a las armas.

- ¿“La Real”? Sí, cómo no, allí se come muy buena pizza y excelente fainá, retrucó a un redactor de “Gente” un militante metalúrgico antes de cerrar la puerta de la U.O.M.

Llamados telefónicos a la misma entidad gremial comenzaron de pronto a epilogar en la misma forma humorística: “¿Recién ahora se enteran que murió Rosendo? ¡Qué revista atrasada!”. Y el clic. Hacía ya unos días que Augusto Timoteo “Lobo” Vandor estaba en Córdoba. “Las quitas zonales, ¿sabe?”.

En un casi desierto café de la Avenida de Mayo, “Gente” logró finalmente reunirse con un enviado de Rodolfo Walsh. Previamente, 48 horas de gestiones: se efectuaron 73 llamados telefónicos y doce visitas.

Siete cuadras y cinco pisos después, Rodolfo Walsh nos recibía detrás de sus anteojos y su cara quieta.

- Hola. Tengo exactamente treinta minutos para ustedes. Debo irme luego. Para el Norte. Unas notas…

Tiene 42 años, no más de 55 kilos de peso, mejillas afeitadas de apuro y siempre ese saco azul. Fuma muchos rubios, prende uno con el otro. Detrás de los cristales, los ojos delatan muy pocas horas de sueño. Tira los nervios por las manos.

- El tiempo es poco, pero alcanza. Hablo yo primero. Después, si hay dudas, preguntas.

Y habló. Según el relato hecho a "Gente" por Rodolfo Walsh en una oficina de la calle Maipú, los hechos sucedieron así:

Pasada la medianoche del 13 de mayo de 1966, en la pizzería "La Real", situada en la esquina de Mitre y Sarmiento, en Avellaneda, se desarrolló un drama protagonizado por unas veinte personas. En las mesas de "La Real" se hallaban distribuidas en grupos. En uno se encontraban Augusto Vandor -titular de la Unión Obrera Metalúrgica-, Emilio Barreiro -asesor del gremio-, Julio Safi -senador provincial-, Norberto Imbelloni, Nicolás Gerardi y Rosendo García. En el otro estaban Juan Salazar, Domingo Blajaquis, Raymundo y Rolando Villaflor, Francisco Alonso, Francisco Granato y un séptimo integrante identificado solamente con el nombre de Horacio. Además, como participantes del hecho, se hallaban en el lugar Armando Cabo, Raúl Valdez, Juan Taborda, José Petracca, alguien individualizado como "Acha" o "Hacha", Luis Costa, Ticky Añon y Juan Ramón Rodriguez, también del "grupo Vandor". Hubo un tiroteo. Dos personas no pertenecientes al grupo Vandor murieron: Domingo Blajaquis y Juan Salazar. Rosendo García, integrante del grupo en el que se encontraba el secretario general de los metalúrgicos, también fue muerto por un balazo con orificio de entrada por la espalda y de salida a la altura del ombligo. En la mañana del 14, los mozos de "La Real" baldearon. Pero la marca de un impacto había quedado nítidamente en el codo del mostrador, a tres metros de la caja. El asunto pasó a manos del juez Cáceres, quien se declaró incompetente al recordarle Imbelloni que tenía una causa pendiente ante el juez Llobet Forturry, de Bahía Blanca. Hacía allí es trasladada la causa. Walsh objeta al sumario lo siguiente: 1) Al llegar los peritos a la pizzería todo ha sido barrido y lavado, desapareciendo los vidrios rotos, los rastros de sangre y los proyectiles servidos. 2) No se agotan esfuerzos para identificar a quienes habían estado. El comisario le pregunta a Vandor "si a su lado estaba Armando Cabo". Vandor

responde que “ni Armando ni Dardo Cabo estaban sentados a su lado”. No se interroga a Cabo. 3) No se hace pericia del pantalón de Safi, herido en una pierna con lo cual podría haberse comprobado el calibre de la bala que lo hirió. 4) La ropa de García no tiene orificios de salida, habiéndose comprobado que el proyectil que le causó la muerte había salido a la altura del ombligo. Treinta y seis horas después del tiroteo, el doctor Fernando Torres, invocando su condición de apoderado de la U.O.M., se presenta ante el magistrado con la ropa de Rosendo García. Se reserva el nombre de la persona que se la entregó, amparándose en el secreto profesional.

A la investigación realizada en Bahía Blanca, la señala Walsh: 1) Considera que R. García fue herido por un proyectil de calibre 38, cosa verosímil pero no probada, teniendo en cuenta que las ropas utilizadas en el peritaje no tenían orificio de salida. 2) No tiene en cuenta las palabras que oyó Zalazar antes de comenzar el tiroteo, y que repetiría antes de morir “No tire, Vandor”. 3) Admite que “la zona única batida, o sea el punto donde se entrecruzan las trayectorias de los disparos coincide con el lugar en el que había estado el primer grupo” (el de Blajaquis). Pero lo descarta porque el perito declara relativa la posibilidad de atribuir solamente al segundo grupo los disparos. El perito no puede declarar, porque ignora la existencia de bandos y debe limitarse solamente a analizar los impactos en una sala vacía.

Esa noche -siguiendo la reconstrucción de Walsh- los miembros del grupo Blajaquis fueron tiroteados primero desde el salón comedor, y luego en dirección a la puerta por la que intentaban salir. La pericia recoge siete balazos en paredes y vidrieras. Una bala se le extrajo a Zalazar y otra a Gerardi. Además hay dos roces, tres balas que atravesaron a García, Sagi y Blajaquis, dos perforaciones y un rebote en uno de los zapatos de Alonso. La cifra se mueve entre un mínimo de 9 y un máximo de 17.

El punto principal es el nombre del tirador de una pistola 45 que mató a Blajaquis e hirió a Gerardi. El análisis lleva a afirmar que sólo quedan Taborda, Armando Cabo y Augusto Vandor. Rosendo tenía un 38 y Zalazar fue muerto por una bala de idéntico calibre. Por ser el mejor tirador y por ocupar una posición inmejorable, Armando Cabo es el sospechoso número uno de esos dos impactos. Ahora, el interrogante es este: ¿Quién mató a Rosendo? Para Walsh, la trayectoria del proyectil número 4, establecida por la pericia que se estrelló contra el mostrador de “La Real”, indica que fue disparado desde una zona cercana al salón familias. Si se tiene en cuenta que la bala que mató a Rosendo entró a un metro quince de su altura sobre la espalda, que siguió una

trayectoria de arriba hacia abajo, si se supone que es que es la misma que dejó su huella trágica sobre el mostrador y se prolonga su trayectoria, se llega a una silla del sector vandorista. Allí se obtiene una altura de la boca del arma de un metro cuarenta, que puede corresponder a un tirador ligeramente agazapado.

- ¿Es suficiente para acusar a Vandor?

Rodolfo Walsh consulta su reloj de malla negra, juega con un encendedor plateado, se pasa la mano de dedos muy finos por la cabeza. En la oficina de la calle Maipú son exactamente las siete y media de la tarde.

- No, no es suficiente. Ni me importa. Basta para probar que la bala que mató por la espalda a Rosendo García partió de una dirección en la que estaba el grupo vandorista. Para eso es más que suficiente.

- ¿Por qué inició la investigación?

- Comenzó como una nota periodística. Después supe que había que echar luz sobre el episodio. No por considerar un mártir a Rosendo. En un libro que saldrá dentro de diez días digo inclusive que García era un matón simpático y un capitalista de juego. Para mí el sentido es mostrar un drama del sindicalismo argentino y decir que allí murieron hombres honestos que luchaban sin descanso y hasta con ingenuidad, como Blajaquis y Zalazar.

- ¿Usted piensa que la bala que mató a Rosendo pudo partir del arma de Vandor?

-Sólo puedo hacer conjeturas. Pienso que el miedo, la vacilación del mal tirador, y la ofuscación pudieron gravitar; pudo también existir un impulso político. García iba a ser candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires… y se apartaba lentamente de la influencia vandorista.

- ¿Recibió alguna amenaza?

- No, ninguna. Yo tengo pruebas. Entre ellas, una charla con Norberto Imbelloni, grabada en mayo del 68 en Lanús, en la que dice, entre otras cosas: “Que el asesino -da su nombre-, sabe que yo sé su nombre y que él fue quién lo mató”.

A las ocho menos veinte Rodolfo Walsh se puso de pie. Limpió sus anteojos y se despidió. El caso García está cerrado. Pero él no ignora que los 36 meses que invirtió en investigar la muerte del dirigente han

abierto explosivamente el camino de la discusión y los interrogantes. Un camino cuyo final todavía no puede predecirse.

8. Ongaro hace y dice

De Rodolfo Walsh

"Todos los poderosos se van a unir contra nosotros. Es posible que intenten la formación de otro cuerpo. Es posible que vayan a los ministerios para decir que este Congreso es nulo. Tal vez no tengamos edificio, tal vez no tengamos personería, tal vez no tengamos esta poca libertad con que lo estamos desafiando todo… Pero este Secretariado y este Consejo Directivo, a la luz o en la clandestinidad, son las únicas y legítimas autoridades de la CGT, hasta que podamos reconquistar la libertad y la justicia social, y le sea devuelto al pueblo el ejercicio del poder"

La emoción que hace un año y medio dominó a todos los que asistimos al cierre del Congreso Normalizador de la CGT y que aplaudimos esas palabras de Raimundo Ongaro, es difícil de analizar. Sin duda el delegado de Gráficos que acababa de ser elegido secretario general expresaba el sentimiento de muchos trabajadores, sin duda una elocuencia singular daba a esas palabras un relieve mayor del que se desprende de la letra impresa. Pero quizá lo que más nos impresionaba, sin saberlo, era la visión anticipada de los hechos que iban a sacudir, desgarrar y exaltar al movimiento obrero en la Argentina.

No habían transcurrido veinticuatro horas cuando los que se habían alejado del Congreso acudieron a los ministerios a impugnarlo. No habían transcurrido dos meses cuando formalizaban en Azopardo una CGT paralela. Pasaron quince meses, y la CGT intervenida, ya sin edificio ni personería, ingresaba a la clandestinidad. Junto a docentes de dirigentes, Raimundo Ongaro estaba preso.

Esos quince meses que presenciaron el total cumplimiento del vaticinio formulado el 29 de marzo de 1968, constituyen una de las etapas más extraordinarias en el desarrollo del movimiento obrero argentino. La consigna que la nueva CGT puso en práctica se reducía en su expresión más sencilla a cuatro palabras: Rebelión de las Bases. El desbordamiento de las conducciones claudicantes no se proponía simplemente el reemplazo de hombres envejecidos en la táctica y la entrega, sino la transformación radical del sindicalismo en instrumento de liberación nacional, aunque ello exigiera la destrucción formal de los sindicatos que la encaraban, frente a una dictadura brutal con los trabajadores argentinos en la medida en que estaba sometida a los monopolios extranjeros.

Como esa rebelión se producía en los estratos más profundos del pueblo, pudo pasar inadvertida, no sólo para el gobierno -ciego de nacimiento- sino para un periodismo acostumbrado a percibir nada más que formalidades y transcribir comunicados. Sin embargo, había signos evidentes. La toma del barrio Clínicas, el 28 de junio de 1968 era la versión anticipada del Cordobazo. La huelga petrolera iniciada en septiembre se prolongaba más de dos meses, y la huelga de Fabril no llegaría a levantarse.

Raimundo Ongaro tenía la certeza de que el movimiento obrero estaba saliendo de una profunda crisis de confianza. Si un grupo de dirigentes, por pequeño que fuese, aguantaba todas las amenazas y seducciones, las amarguras y las derrotas, esa confianza debía renacer. La CGT de los Argentinos cumplió ese papel hasta el sacrificio. Su estructura formal fue despedazada por las intervenciones, las intrigas, los abandonos. La llama que había encendido pareció a punto de extinguirse: en el verano que sucedió a las dos grandes huelgas, una calma siniestra de derrota pareció extenderse por todo el país. Nunca como en esos días de pasillos semidesiertos brilló tanto la fe de Ongaro, su aptitud para agrandarse en la adversidad y contagiar esa fe a quienes lo rodeaban.

Igual que en los días eufóricos del Congreso Normalizador, en estos días amargos veía más lejos que sus enemigos. Había recorrido el país palmo a palmo, movilizando las masas y siendo movilizado por ellas. La versión que traía de esas giras era siempre la misma: la gente estaba harta de humillación y sufrimientos, quería pelear, pedía armas y aún sin armas estaba dispuesta a salir a la calle. La calma era engañosa, y la derrota aparente.

En abril se puso en movimiento el norte santafecino y Ongaro volvió a alzar una bandera argentina junto a los trabajadores y los curas rebeldes de Villa Ocampo, esta vez ante el fuego de los fusiles. Tucumán se agitaba nuevamente, y el incendio se propagaba a Resistencia, Corrientes, Rosario, Córdoba. La sangre derramada por estudiantes y trabajadores selló una alianza que transformaba radicalmente el equilibrio de fuerzas, abriendo a todo el pueblo una perspectiva revolucionaria.

Esa perspectiva es la que hoy tenemos ante nosotros. En un año y medio el movimiento obrero ha pasado de la postración a la plena conciencia de su fuerza, ha aprendido a devolver una mínima parte de la violencia que se ejerce contra él y se dispone a llevar la lucha hasta la conquista del poder político, camino difícil pero único para destruir la

sociedad explotadora y “socializar con signo nacional las riquezas y los bienes fundamentales que producimos los trabajadores”.

En esa transformación, la CGT de los Argentinos desempeñó un papel protagónico. Ese papel es el que hoy purgan las cárceles de la dictadura Raimundo Ongaro, Agustín Tosco, Jorge Di Pascuale, y muchos más, pero hoy todos sabemos que la llama que encendieron no se apagará, que otros como ellos han surgido en las luchas de todo el país.

La difusión del Programa del 1° de Mayo, que Ongaro contribuyó a forjar y poner en práctico, y de los escritos que desarrollaron y profundizaron ese programa, es tarea importante del movimiento obrero.

Tal como él presumía, el camino que separaba a un dirigente sindical de un dirigente revolucionario, estaba sembrado de espinas. Habiendo recorrido ese camino, bien puede Raimundo Ongaro afirmar que no le importan las rejas que padece. Preso, sigue libre en el afecto de sus compañeros. Amordazado, sigue hablando en los hechos que produce el pueblo.

Septiembre de 1969.

9. Réplica (Polémica con Lorenzo Miguel)

En *Panorama* número 228, Lorenzo Miguel dice refiriéndose a Raimundo Ongaro: “Me repugna hablar de un individuo que no hace mucho tiempo, utilizando los recursos característicos de los batidores, pretendió enlodar la figura de Augusto Vandor a partir del conocido episodio en que muriera otro recordado metalúrgico: Rosendo García”.

Esta frase canalla merece una respuesta. Para saber quiénes son los “batidores” y quiénes son “batidos” sobra con recordar que Ongaro está en la cárcel mientras Miguel forma parte del Acuerdo que lo mantiene allí. Ese Acuerdo obviamente no incluye sólo al gobierno sino a las fuerzas policiales y de guardiacárceles: esos son hoy, como ayer, los aliados naturales de Lorenzo Miguel que se consagra así como el Batidor Número Uno.

Como Miguel no lo dice, recordaré las circunstancias en que se denunció la participación de Augusto Vandor en el asesinato de Rosendo García, Juan Zalazar y Domingo Blajaquis. Esa denuncia se efectuó por la CGT de los Argentinos, que en ese momento agrupaba a 40 federaciones y sindicatos, con la aprobación de su Consejo Directivo. No era anónima ni sigilosa (se publicó con mi firma en el periódico oficial de la CGT. mayo-junio 1968), no iba dirigida a la policía ni a los jueces a quienes se acusaba de complicidad y encubrimiento y sus destinatarios eran los trabajadores de los sindicatos que distribuían el periódico. No reunía, pues, ninguno de los elementos de una “batida”, aunque recogía los testimonios de cómo el vandorismo había “batido” ante la policía de Avellaneda a los agredidos prófugos.

Un año más tarde reuní ese material en un libro -“¿Quién mató a Rosendo?”- donde básicamente se afirmaba que el aparato vandorista era una organización de matones y de gangsters; que esas complicidades con las patronales y con el aparato represivo eran íntimas; que todas las últimas elecciones en el gremio metalúrgico, incluida la que erigió a Miguel, eran farsas fraudulentas, resueltas en unos casos a punta de pistola y, en otras, con la eliminación, por la Secretaría de Trabajo, de todas las listas opositoras.

Esas afirmaciones siguen en pie, se aplican especialmente al señor Lorenzo Miguel y las comparten aquellos peronistas que el 9 de junio, ante el sepulcro de Valle, le arrebataron el micrófono del acto que pretendía copar. Allí Julio Troxler, uno de los fusilados sobrevivientes de “Operación Masacre” pudo exclamar con razón: “En la tumba de los mártires no hablan los traidores”

10. Apología al capitalismo norteamericano

Una curiosa investigación sobre el humanismo del 12 por ciento.

Los Secretos de los Gigantes Norteamericanos, por François Hetman. Traducido del francés. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 228 páginas.

Quinientas empresas norteamericanas emplean a doce millones de personas y suministran la quinta parte de la producción industrial del mundo.

De esas empresas, cincuenta participan con el 25 por ciento del valor agregado de toda la industria de los Estados Unidos y realizan casi una tercera parte de los beneficios netos, que exceden los 30 mil millones de dólares anuales. La cifra de negocios de algunas de esas empresas supera el intercambio comercial de países medianos y el beneficio neto de una sola -General Motors- iguala a las exportaciones argentinas. La General Electric comercializa 250 mil productos. El director de la ITT o el presidente de Johnson y Johnson ganan anualmente 580 millones de pesos viejos.

Estas son algunas de las cifras que el economista François Hetman propone, casi despreciativamente, al juicio de sus colegas franceses. ¿Por qué -se pregunta- es imposible para los europeos imitar ese modelo de crecimiento incesante, esa eficiencia planetaria?

Algunos de los “secretos” que Hetman divulga tienen la familiaridad de la ruda. Otros, quizá los principales, parecen haber resistido a sus indagaciones. El crecimiento de la gran empresa norteamericana se describe como un fenómeno interno, sin la menor alusión a los imperios bananeros, las guerras del salitre o del petróleo, las republiquetas del azúcar que sustentaron la acumulación primitiva del capitalismo norteamericano.

A partir de esas omisiones es posible trazar una historia idílica en que los abusos del joven capital fueron a su debido tiempo corregidos por la Ley Sherman. Las combinaciones oligopólicas, los pools, los holdings, los cartels, aparecen así como anécdotas de un tío calavera que de todos modos dejó una buena herencia. Actualmente, asegura Hetman, el Senado vigila a las cuatro primeras empresas de cada rama industrial para impedir el monopolio. No aclara quién vigila al Senado.

La ley suprema

De todos modos esa vigilancia no ha frenado la tendencia expansiva de la gran empresa norteamericana. La concentración horizontal, la integración vertical, la explotación metódica de las cadenas de producción, la diversificación y la innovación son los modelos de crecimiento que permiten bordear las leyes antitrust. Todos ellos, en última instancia, dependen de lo que para Hetman es el valor supremo: la eficacia del ejecutivo norteamericano.

¿Cómo se define la eficacia? Aquí Hetman no pretende dar una respuesta nueva: eficacia es rentabilidad del capital. El rendimiento del capital es "el espejo de la eficiencia de la empresa", "el resultado sintético de su actividad". Ningún otro criterio puede reemplazar a esa regla "omnipresente". Así, la Minnesota Mining & Manufacturing se jacta de "no dejar pasar del laboratorio al mercado más que los productos que permitan realizar la máxima tasa de beneficios". La Panacea Universal, caso de descubrirse, iría al archivo hasta que fuera rentable para la empresa.

The American Way

Todo esto es de sobra conocido. Donde Hetman aborda un tema superior a sus capacidades filosóficas es en su tentativa de elevar la eficacia empresaria a una especie de humanismo. En la dirección de empresas percibe "una mística" y "un arte", en la formación de ejecutivos "una cultura", en la expansión "una causa" y en la rentabilidad "una moral". El objeto de tantos desvelos es el hombre, o más bien cierto tipo de hombre: el hombre norteamericano. Que ese tipo de hombre aparezca hoy espiritualmente fracturado y desgarrado, que gran parte del mundo vea en él un enemigo, no parece preocuparle. Hetman ha logrado la hazaña singular de escribir un libro sobre Estados Unidos donde no figura la palabra Vietnam ni la palabra negro.

Admitirlas significaría renunciar quizá al propósito esencial de su obra, consistente en demostrar que la gran empresa norteamericana, además de bienes materiales, produce "estilos de vida", hermosos y aceptable, que es "portadora de una civilización universalmente válida", como dice alegremente en la primera página. Los efectos políticos sociales y aún económicos de esa portación (que tan a menudo es una portación de armas) no son de su incumbencia. No se pregunta si al resto del mundo le interesa que su "estilo de vida" sea moldeado por la empresa norteamericana sobre la moral de la rentabilidad y la cultura del ejecutivo. Admite a lo sumo que esa civilización va acompañada de

algunas “molestias” como los excesos de la publicidad que se comparan a la polución del ambiente.

La novela

Cuando tales ideas se confrontan con el poder material que las respalda, un libro como el de Hetman, estilísticamente inofensivo y argumentalmente mediocre, se convierte en una buena novela de terror. Asusta, en efecto, advertir que el 70 por ciento de la capacidad de investigación norteamericana está en menos de la gran empresa: que ésta es asumida filosóficamente como la forma ideal de la asociación humana; que la perpetuación del ideal-ejecutivo se asegura mediante el adiestramiento sistemático de los “jóvenes lobos” empresarios y que la simbiosis empresa-gobierno norteamericano abre a los moralistas de la ganancia, los poetas del PERT y los cultivadores del árbol de pertinencia, el acceso directa y, sin intermediarios a la represión científica de todo descontento: ya la Aerojet, además de sus programas bélicos, estudia métodos para combatir la delincuencia juvenil. Mañana será la “delincuencia” política ¿Por qué no, al fin, las simples ideas? Es posible que su extinción sea la más rentable de las grandes empresas.

Tales temores no asaltan por cierto a François Hetman. El único consuelo remoto que se deduce de su libro es que la mentalidad colonizada no sea ya exclusiva de los países en que se traduce esta clase de literatura mistificadora y subdesarrollante.

Índice